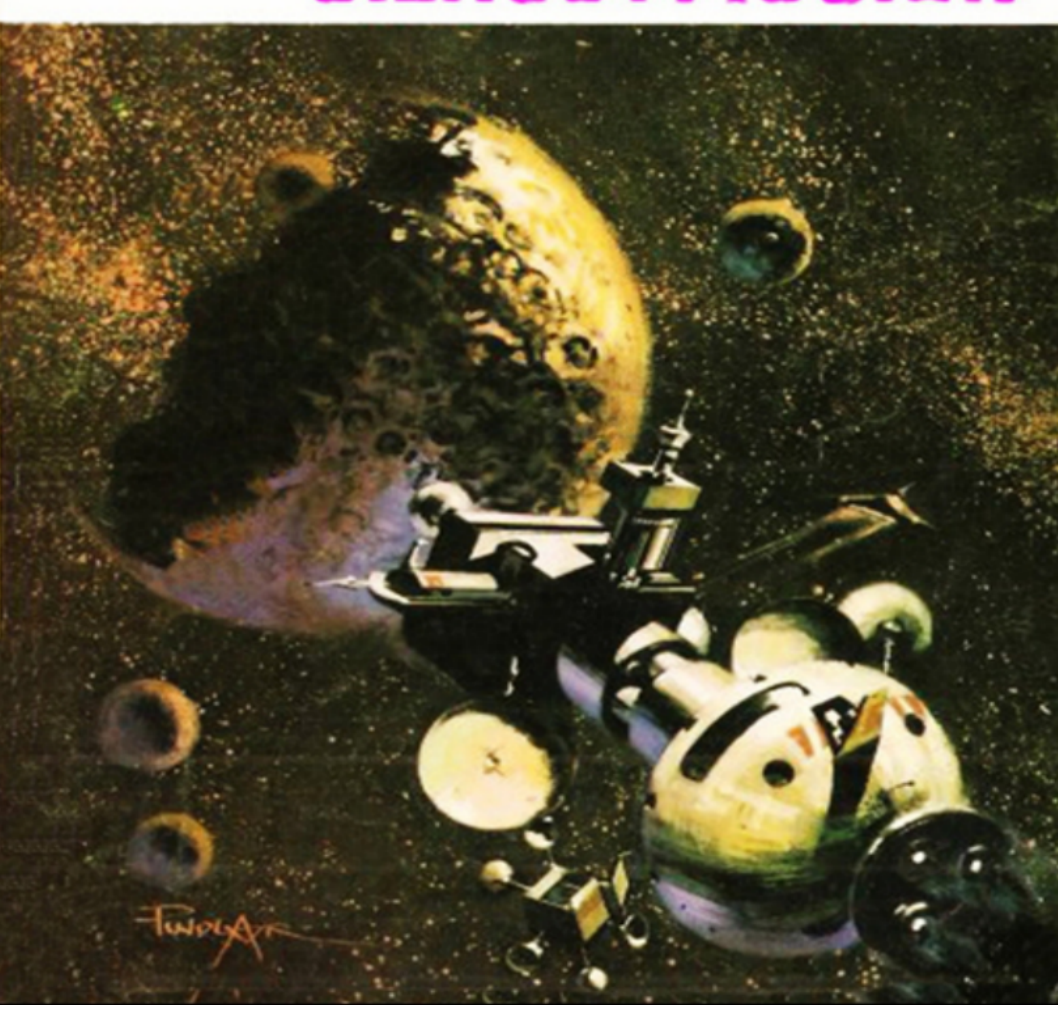
la conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

MUNDO AISLADO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



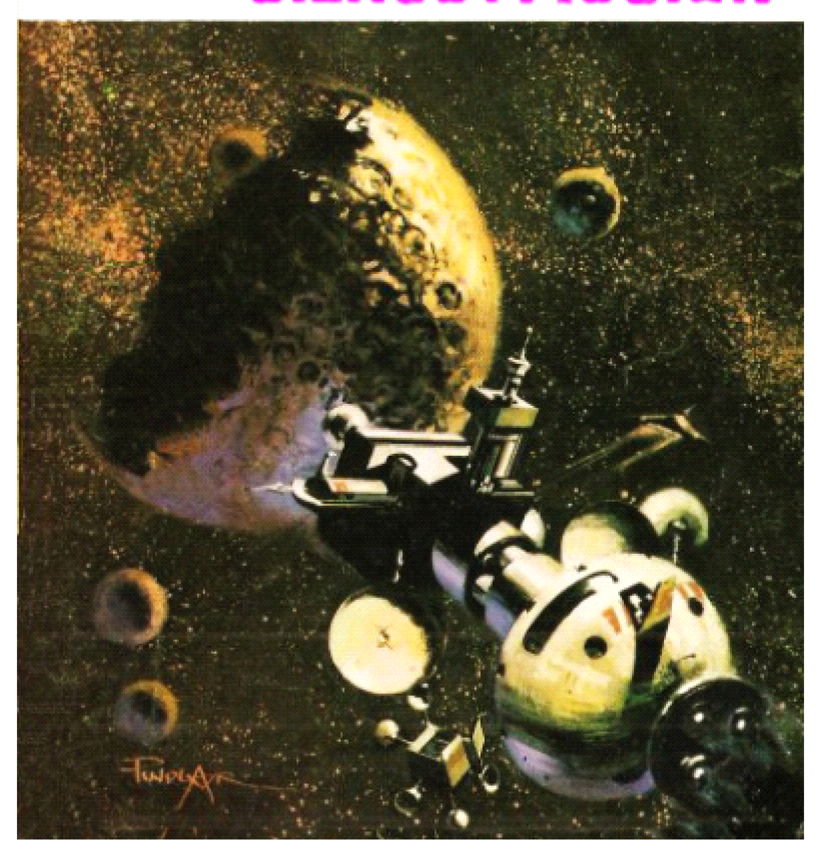
BOLSILIBROS BRUGUERA

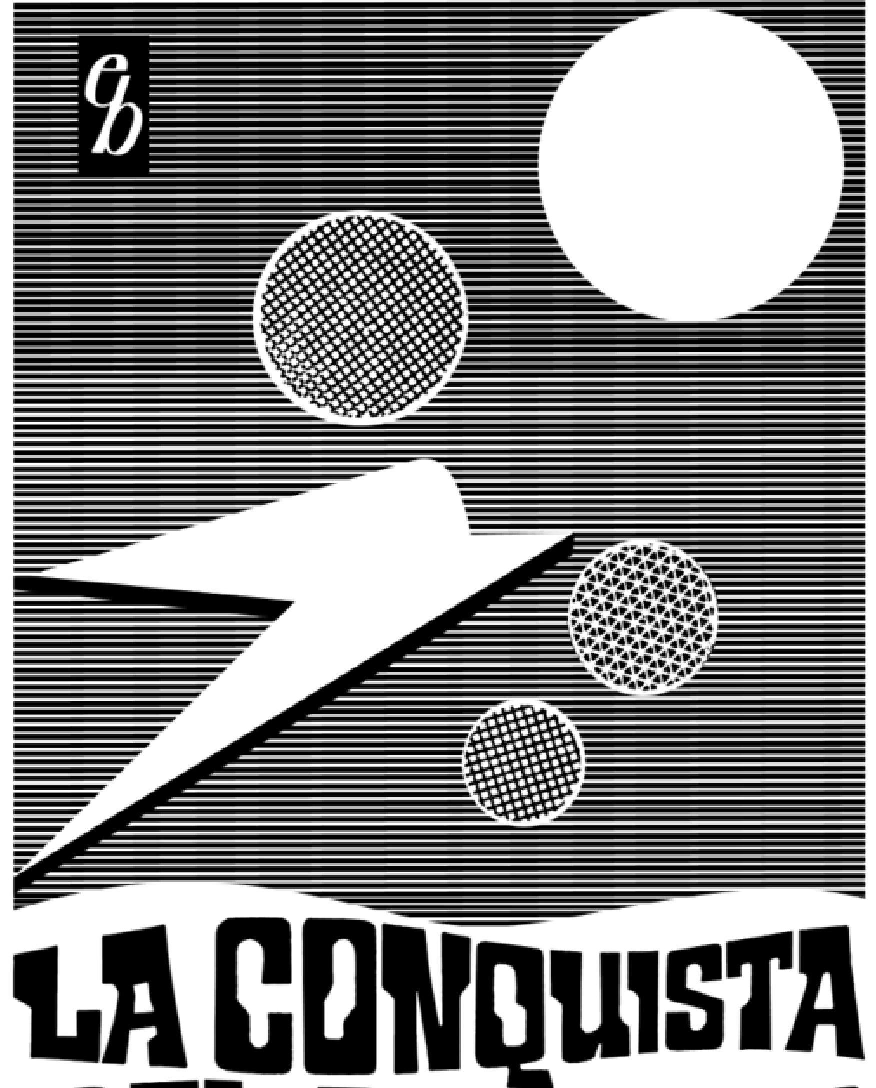
la conquista del ESPACIO

MUNDO AISLADO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION




eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *El gigante sideral,* Ralph Barby
2. — *Prisión en Ganimedes-,* A. Thorkent
3. — *Viaje hacia el horror,* Kellton Mclntire
4. — *Viento del infierno,* Ray Lester
5. — *Los terrícolas,* Marcus Sidéreo.

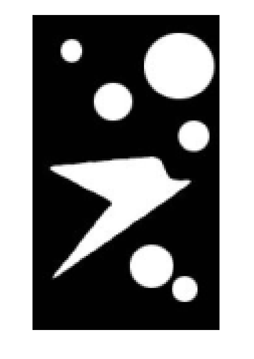
A. THORKENT

MUNDO AISLADO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 352

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 11.878 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Para Leo Schulten aquella misión no era otra cosa que un trabajo más.

Sin embargo, por la forma que los dos pasajeros que llevaba a bordo se comportaban, los objetivos a cumplir parecían tener una importancia inusitada.

Schulten había viajado a muchas partes de la Galaxia y nunca tuvo problemas. Siempre comandó naves modernas y la tripulación nunca dejó de estar a la altura de las circunstancias.

Sus colegas le llamaban el afortunado. Ni un solo accidente en diez años, que eran los que llevaba como comandante de navíos estelares.

Sus superiores le tenían en gran estima y su hoja de servicios era una de las más brillantes de la compañía de transportes.

Leo estaba orgulloso con la nave que actualmente estaba bajo su responsabilidad.

El *Orión* era la última adquisición de la CTE (Compañía de Transportes Estelares), y los administradores no habían dudado ni un momento en que fuera Leo Schulten su comandante. Había costado muchos cientos de millones de créditos y sabían que bajo el mando de

Leo podía ser rentable.

El viaje inaugural fue a Centauro II, llevando un fuerte cargamento de suministros para las colonias establecidas allí ocho años antes y trescientos colonos procedentes de Callisto IV.

Aquel trabajo se concluyó a satisfacción de todos fletadores, viajeros, tripulantes y propietarios. Estos últimos ganaron un buen montón de millones que la Federación, patrocinadora de la expedición, abonó contenta ante la ausencia de incidentes.

El *Orión* era una hermosa nave, estilista y de ochocientos metros de largo por cien de diámetro. Una auténtica ciudad del espacio. No podía descender sobre los planetas, pero disponía de una flotilla de transbordadores llamados aleones por la tripulación.

Después de aquel viaje a Centauro II se efectuaron tres viajes más a otros puntos de la Galaxia. El dinero siguió entrando en las arcas de la CTE, y Leo recibió una gratificación espléndida.

Cuando decidió que había llegado el momento de tomarse unas vacaciones mientras el *Orión* recibía una revisión a fondo, Leo fue llamado urgentemente a la central de la compañía.

En las oficinas le dijeron que había surgido un trabajo repentino y no disponían de otra nave libre que la suya. Casi le lloraron rogándole que demorase por unas semanas sus vacaciones.

Leo se mostró duro. Llevaba seis meses en el espacio, mucho más tiempo de lo que le permitía su sindicato, el cual no consentiría que volviese a trabajar si antes no se tomaba un descanso.

Entonces los jefes sonrieron y dijeron que tenían permiso especial del sindicato de navegantes. Podía volver al espacio para cumplir con aquella misión.

Leo, gruñendo, respondió que sí, después que le prometieran una compensación en metálico que superaba un año de su paga.

Cuando Leo llegó al campo estelar aquella madrugada y preguntó a su segundo, Peter Spink, que cuándo llegaría la carga y los pasajeros, éste le contestó que los pasajeros ya estaban a bordo.

La sonrisa de Peter intrigó a Leo. A bordo, cuando leyó la lista de pasajeros, comprendió el motivo de la irónica sonrisa del segundo de a bordo.

Sólo habían dos pasajeros. Y la carga se limitaba a unos cientos de kilogramos.

Desfrunció el ceño y preguntó si realmente todo estaba correcto.

—No hay error alguno —respondió Spink.

—No es posible —masculló Leo—. Un viaje de esta envergadura cuesta una fortuna. ¿Cómo es que sólo llevamos dos pasajeros? ¿Dónde está el truco? ¿Tenemos que detenernos en algún planeta intermedio para subir a bordo a un grupo de colonos y miles de toneladas de suministros?

—No, nada de eso —replicó Spink—. Si no quieres molestarte en leer las instrucciones, puedo decirte que el viaje se hará sin escala hasta Canopus.

—Canopus —repitió Schulten—. Nunca he estado por aquel sector. ¿Qué hay allí?

—Un proyecto de colonia agrícola —dijo Spink encogiéndose de hombros.

Los dos pasajeros no se presentaron ante el comandante hasta que el *Orión* dejó muy atrás el sistema solar. Leo había leído los nombres: profesor Mark Kraus y señorita Sharon Stack.

Se encogió de hombros. Aún no podía entender nada. Pensó que podía tratarse de una misión científica. Aquel Kraus sería un sabio de edad avanzada, despistado y con lentes continuamente deslizándose por una nariz aguileña. Por supuesto, la tal Sharon sería una mujer madura, ceñuda y flaca.

Durante los tres primeros días estuvo demasiado ocupado con la nave. La entrada en el hiperespacio fue perfecta. Cuando consideró que podía dejarlo todo en manos de los navegadores, dijo a Spink que recibiría al profesor en su gabinete.

—Apenas han salido de sus camarotes —informó Spink.

— ¿Qué hacen?

—Oh, no pienses mal. El camarero que les lleva la comida me ha asegurado que están rodeados de papeles, libros y lectores de video. Parecen muy preocupados.

Leo se dirigió a su camarote. Se lavó, puso uniforme limpio y entró

en el despacho. Encendió un cigarrillo y esperó la llegada del profesor y de la que suponía sería su secretaria.

Sonó el llamador de la puerta y Leo dijo por el intercomunicador que podían entrar.

El cigarrillo casi se le escurrió de los labios cuando las dos personas entraron.

Todas las suposiciones de Leo respecto al aspecto de los dos pasajeros se vinieron abajo.

Mark Kraus no tendría más allá de cuarenta años. Se veía aún ágil, como alguien entusiasta de los deportes, alto y moreno, muy bronceado. Sonreía por medio de unos dientes fuertes y blancos. Al estrechar la mano de Leo, éste comprendió que era poderosa.

Pero la atención de Leo se desvió hasta Sharon Stack. Por supuesto no era ninguna mujer cercana a la vejez, sino una joven alta, de rojos cabellos y muy hermosa. Se limitó a sonreír cortésmente al comandante mientras tomaba asiento.

—Le noto sorprendido, señor —dijo Kraus ofreciendo su pitillera de oro a Leo, quien con un movimiento de cabeza rechazó el ofrecimiento, indicando el cigarrillo que descansaba sobre el cenicero.

—Y lo estoy, lo reconozco —admitió Leo, haciendo un esfuerzo para dejar de mirar a Sharon.

—Estábamos impacientes por hablar con usted.

—Deben disculparme. Las primeras setenta horas de navegación son las más delicadas. Apenas he dormido unas horas entre las guardias en el puente de mando.

—Lo sabemos. Conocemos su competencia, comandante.

— ¿Sí?

—Por supuesto. Por eso quisimos que fuera usted quien nos condujese hasta Korel, cuarto planeta de Canopus. Nos costó mucho trabajo convencer a los ejecutivos de la CTE.

—Lo imagino. Estaba comenzando mis vacaciones.

—Eso nos dijeron —sonrió Kraus—. Confiamos que no nos guarde rencor; pero teníamos urgencia y también era usted, junto con su nave,

los únicos que estaban disponibles cuando decidimos efectuar el viaje. ¿Conoce Canopus y sus planetas?

—Creo que algo leí una vez. Pero hace tiempo, unos tres años.

—Sí, así es. Hace tres años se comenzaron los trabajos para la colonización de Korel.

— ¿A quiénes representan ustedes?

—Nuestra compañía se llama Nuevas Colonias Galácticas, más conocida por las siglas NCG.

—Desde luego, la conozco. Sé que ha hecho muy buenos trabajos estos últimos años. Todos sus proyectos resultaron triunfos plenos.

—Nos honramos de nuestros logros, comandante. Docenas de planetas han sido abiertos para la humanidad durante los últimos cuarenta años. Aunque peque de inmodestia puedo afirmar que somos muy eficaces.

—Ahora me gustaría saber, si no le importa, lo que vamos a hacer en Canopus. Comprenderán que estoy intrigado ante este viaje. Cuando el capitán Spink me dijo que ustedes serian los únicos pasajeros y que apenas llevábamos equipajes me sorprendió mucho.

—Es lógico. Pero necesitábamos una nave grande, veloz.

—No entiendo…

—Precisamente quería verle para ponerle al corriente, comandante.
—Le escucho.

—La señorita Stack dispone de todos los datos. Ella se lo explicará.

Leo hizo girar su sillón, mirando complacido a Sharon.

—Como usted sabrá, comandante —empezó la chica—, nuestra compañía se dedica a la exploración de planetas. Los localizamos y durante un período de tiempo efectuamos análisis a fondo, hasta asegurarnos que su flora y fauna admiten la presencia de seres humanos. De cada cien mundos sólo uno es asequible a ser colonizado. Somos muy severos con las investigaciones antes de emitir el informe definitivo para dar luz verde a la colonización.

«Hasta la fecha nunca hemos tenido problemas graves. Los pequeños que surgieron sólo eran meros incidentes que incluso estaban

previstos que ocurrieran por medio de nuestras computadoras.

»Sin embargo, ahora el prestigio de nuestra compañía está en entredicho.

— ¿Qué ha sucedido?

—En el cuarto planeta de Canopus descubrimos hace tres años largos una réplica exacta a la Tierra. Eso sólo sucede una vez cada diez mil. Nos llenamos de alborozo y procedimos a completar el proceso reglamentario antes de proceder a abrirlo a la colonización.

«Como esperábamos, todos los resultados fueron positivos.

—Al llegar a este punto —intervino Kraus— solemos entrar en estrecho contacto con la Federación. Nuestra empresa financia parte de los trabajos iniciales y el Gobierno aporta el resto del capital, que será más tarde abonado por los beneficios obtenidos en el proceso colonizador.

«Todo marchó sobre ruedas. Nunca fueron las cosas tan bien como en Korel. Las brigadas que se enviaron a realizar los trabajos previos de los trazados de las nuevas ciudades y localización de los yacimientos, fuentes suministradoras de proteínas, etc., desarrollaron durante dos años el trabajo dentro de la más absoluta normalidad.

—Aunque en todos los trabajos de precolonización ocurren bajas por accidentes laborales, en Korel no pasó nada de eso. Incluso las previsiones de las computadoras, que pronosticaron un coeficiente de T75 muertes por ciento, fallaron. Era algo maravilloso —dijo Sharon.

—Entonces, ¿dónde están los problemas?

Kraus se encogió de hombros.

—Empezó hace unos días. El Gobierno de la Federación ya había empezado la campaña de captación de nuevos colonos cuando llamaron a nuestros ejecutivos urgentemente. Entonces nos enteramos que la comisión gubernamental llevaba seis semanas sin recibir comunicaciones de Korel.

—A veces las comunicaciones suelen interrumpirse con planetas tan alejados debido a las deficiencias cósmicas —apuntó Leo.

—No había tales perturbaciones cósmicas o solares en aquellos días. Incluso se usó el comunicador microlumínico acelerado de Plutón.

Resultado: negativo.

— ¿No había ninguna nave en camino hacia Korel en aquel momento?

—Sí. Un transporte cargado de material agrícola. Pero calculamos que ya estaba a punto de descender en Korel. No obstante, se intentó contactar con ella, con idéntico resultado.

—Después de esto pensamos que algo extraño sucedía en Korel —dijo Sharon.

—A veces los comunicadores se averían...

—No, nada de eso pudo suceder —atajó Mark Kraus—. En Korel existen varios transmisores. Sabemos que funcionan porque la respuesta automática sigue funcionando.

— ¿Qué conclusión sacaron?

—Algo ha sucedido en Korel. Los hombres que allí estaban preparando el terreno no pueden comunicarse con nosotros.

— ¿Una plaga?

—Imposible. Todos los microorganismos fueron analizados. Ninguno resultó dañino para el ser humano. Estamos seguros que nada del planeta es nocivo para el hombre —dijo Sharon.

— ¿Por qué el Gobierno no envió una nave de la Armada?

—Por el momento el asunto es estrictamente civil —dijo Kraus—, Aunque estamos apoyados por el gobierno de la Federación, NCG es responsable de todo lo que ocurra en Korel.

—Deben estar muy preocupados cuando han decidido fletar esta nave. El viaje les costará millones...

—Sabemos lo que importará la factura, comandante —replicó un poco ásperamente la muchacha.

—Pero si no conocemos cuanto antes lo que sucede en Korel podemos arruinarnos, señor Schulten —indicó sonriente Mark.

— ¿Tan grave es el asunto?

—Hasta ahora nuestra compañía no había invertido tantos miles de

millones de crédito en una colonización.

— ¿Por qué?

—Korel lo merece. Eso y mucho más. Es otra Tierra. Si desde el primer momento se mima ese planeta y se le da todo lo que precise, puede convertirse en unos años en un paraíso, en donde las ciudades no desentonen en un idílico paisaje. Nosotros estuvimos a punto de arruinar la Tierra con la contaminación y las absurdas ciudades que nuestros antepasados nos legaron. A pesar de todo, la Tierra no es perfecta en su trazado urbanístico. Con Korel no queremos que se cometan los mismos errores. Todo está previsto para que se convierta en un modelo a seguir en el futuro

—Está bien. Ya estamos en camino y sólo nos resta dejar que transcurran los doce días de navegación. —Leo sonrió—. La verdad es que estoy deseando ver con mis ojos esa maravilla.

—Estoy segura que no se sentirá defraudado, comandante. Es una belleza.

Leo la miró con ojos entornados.

—En ese caso usted encajará en el paisaje.

Sharon parpadeó y luego emitió una sonrisa leve. Kraus soltó una carcajada.

CAPÍTULO II

—Sí. Tenían razón. Es un hermoso planeta —admitió Leo. .

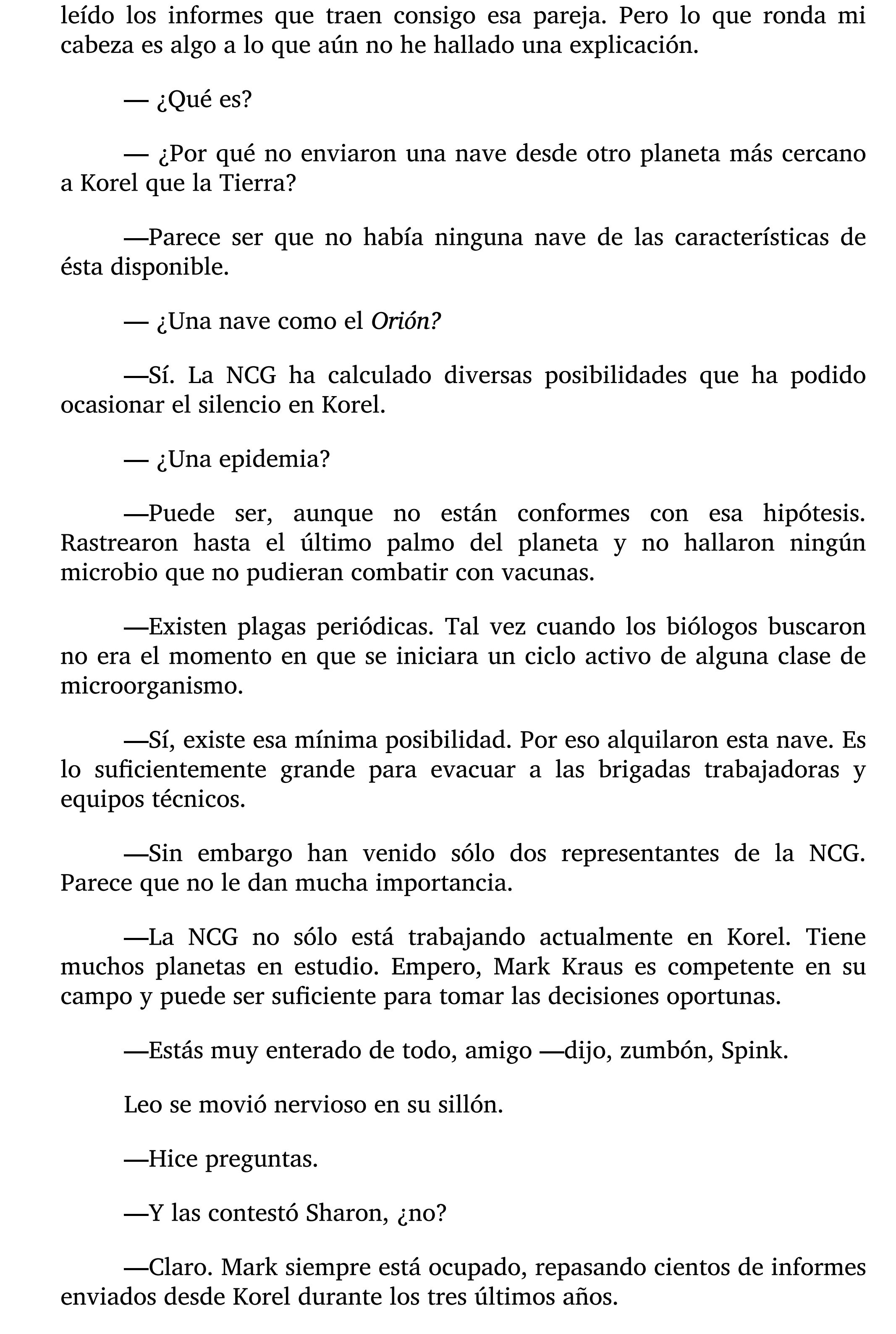
Peter Spink, sentado a su lado, ambos ocupando los sillones delanteros del palco desde el cual se dominaba el puente de mando del *Orión,* asintió.

Del techo de la amplia estancia pendía una esfera cristalina, dentro de la cual la imagen de Korel, tridimensional, aparecía con una realidad tan viva que podía tomarse por una visión directa.

Sin embargo, la estrella Canopus aún estaba a doscientos millones de kilómetros del *Orión,* que acababa de surgir del hiperespacio. Aunque seguía su camino por el espacio normal a una velocidad cercana a la de la luz, la instalación visora de la nave ya podía proporcionar el aspecto de Korel como si sólo estuviera a unos cien mil kilómetros de distancia.

—Mismo tamaño, gravedad ligeramente inferior, atmósfera superior en un dos por ciento en oxígeno y una proporción mínima de incremento de otros gases. El mar ocupa un setenta por ciento de la superficie y la masa continental está formada por un solo grupo que recorre todo el meridiano. Los casquetes polares son reducidos —dijo Leo —. Nunca vi nada más parecido a la Tierra.

—No te canses —cortó Spink agitando la mano—. Yo también he



leído los informes que traen consigo esa pareja. Pero lo que ronda mi cabeza es algo a lo que aún no he hallado una explicación.

— ¿Qué es?

— ¿Por qué no enviaron una nave desde otro planeta más cercano a Korel que la Tierra?

—Parece ser que no había ninguna nave de las características de ésta disponible.

— ¿Una nave como el *Orión?*

—Sí. La NCG ha calculado diversas posibilidades que ha podido ocasionar el silencio en Korel.

— ¿Una epidemia?

—Puede ser, aunque no están conformes con esa hipótesis. Rastrearon hasta el último palmo del planeta y no hallaron ningún microbio que no pudieran combatir con vacunas.

—Existen plagas periódicas. Tal vez cuando los biólogos buscaron no era el momento en que se iniciara un ciclo activo de alguna clase de microorganismo.

—Sí, existe esa mínima posibilidad. Por eso alquilaron esta nave. Es lo suficientemente grande para evacuar a las brigadas trabajadoras y equipos técnicos.

—Sin embargo han venido sólo dos representantes de la NCG. Parece que no le dan mucha importancia.

—La NCG no sólo está trabajando actualmente en Korel. Tiene muchos planetas en estudio. Empero, Mark Kraus es competente en su campo y puede ser suficiente para tomar las decisiones oportunas.

—Estás muy enterado de todo, amigo —dijo, zumbón, Spink.

Leo se movió nervioso en su sillón.

—Hice preguntas.

—Y las contestó Sharon, ¿no?

—Claro. Mark siempre está ocupado, repasando cientos de informes enviados desde Korel durante los tres últimos años.

—Esa chica es preciosa. No me extraña que siempre busques una excusa para consultarle algo.

—Al menos no es tan irónica como tú —gruñó Leo sin poder simular una sonrisa. Luego, después de asentir con la cabeza, agregó—: Por supuesto es muy bonita pero…

— ¿Pero? ¿Qué significa ese pero?

—Me refiero a Mark. Ignoro cuál es la relación entre ambos. Siempre odié ser tercero en discordia.

—Pregunta una vez más.

—Oh, vamos. Resultaría ridículo dadas las actuales circunstancias. Sharon también está visiblemente preocupada. Lo noto en su voz, en sus gestos.

—Está bien. Ocupémonos ahora de Korel. ¿Lo tienes todo dispuesto para el acercamiento?

—Sí. El plan será sencillo. Nos situaremos en una órbita de cien mil kilómetros. Usaremos los aleones para efectuar primero una inspección desde el aire, dedicándonos especialmente a los centros de desarrollo elegidos por la NCG y en donde se supone que trabajan las brigadas. Cuando tengamos ciertas garantías descenderemos, prosiguiendo las investigaciones en la superficie.

Callaron al ver acercarse al palco a Mark Kraus.

Mark saludó a los dos hombres cordialmente.

—Siento molestarles, señores; pero quería saber si han captado alguna señal procedente de las bases en Korel.

Spink respondió:

—Aquí tengo los últimos partes, señor Kraus —tomo unas fichas plásticas y leyó superficialmente—: Todos los intentos de contactos resultaron infructuosos. Pero estamos seguros que las emisoras de Korel están abiertas, aunque sin asistencia.

Kraus se mordió los labios. Su constante semblante de preocupación se acentuó.

—Si no funcionasen las instalaciones de comunicación estaría más tranquilo. Pero… El buen estado de éstas y la no utilización indica que no

existen seres humanos junto a ellas capaces de hablarnos. ¿Por qué?

Leo miró fijamente a Kraus antes de preguntarle:

— ¿Sinceramente confía en hallar alguien con vida?

Kraus abatió los hombros.

—Estoy perdiendo todas las esperanzas.

— ¿Cuántos hombres había trabajando en Korel?

—Cerca de cinco mil. Hombres y mujeres. Muchos ya habían solicitado su inscripción como colonos. Al parecer estaban encantados viviendo allí y no querían abandonarlo.

—Estoy de acuerdo con usted, Mark. Dudo que haya habido una epidemia. Ninguna enfermedad puede arrasar una comunidad de cinco mil seres tan rápidamente que impida que al menos una persona no pueda tomar una emisora y solicitar ayuda. O prevenir a los próximos visitantes de algún tipo de peligro.

Kraus asintió.

—Así es. Pero no podemos descartar algún tiempo de enfermedad. Dudo que haya sido un virus. No olvidemos la nave que se acercaba. Esta descendió e inmediatamente se encontró incapacitada de comunicarse, advirtiéndonos de lo que pasa en Korel.

—Kraus, he leído con detenimiento —dijo Leo— los informes que me cedió acerca de los proyectos iniciales que las brigadas estaban llevando a cabo en Korel. Al parecer el esfuerzo inicial se concentraba en el bloque continental más al norte. ¿No es así?

—Sí.

—También estudié los mapas con los trazamientos proyectados —sonrió levemente—. Reconozco que no lo entendí todo muy bien.

— ¿Puedo ayudarle?

—Eso desearía, por favor.

Kraus tomó asiento junto a Leo.

—Queremos que en Korel el urbanismo y el sector agrario no estén divididos, sino que se mezclen armoniosamente. Las industrias deben

estar al servicio del agricultor, y viceversa. Las clásicas ciudades gigantes no existirán en Korel. Grandes espacios de terreno, sembrados, bosques salpicados de factorías que no ensucien el suelo ni polucionen la atmósfera.

»Por el momento, las brigadas están preparando los embriones de tres ciudades que formarán un triángulo cuyo vértice apunta hacia el norte, separadas unas de otras por cien kilómetros.

Leo arrugó el ceño.

—Si no me equivoco, ese terreno es irregular.

— ¿Se refiere a la mezcla de grandes bosques, llanos, montes y hasta su pequeño desierto?

—Eso es.

—En un área de cuatro mil kilómetros cuadrados dispondrán los colonos de todas las materias primas que necesiten. Los mares cercanos están repletos de bancos de peces y grandes mamíferos. Además, el clima ha sido estudiado y no baja de los cinco grados bajo cero hasta los treinta de calor —se encogió de hombros—. Claro que la climatología es cíclica y no hemos dispuesto de estudios suficientes para saber si cada diez, veinte o más años se producirán disturbios grandes. Pero el margen de error es mínimo. Durante los últimos años no hemos detectado ningún vendaval o terremoto.

— ¿Qué hay de los otros planetas del sistema?

—Nada que merezca la pena. No son buenos para reacondicionarlos para que los humanos vivan en él. Ta vez dentro de un siglo los futuros korelitas podrán explotarlos si llegaran a fallar los programas de crecimiento demográfico.

—Oh, vamos —rió Leo—. ¿Ya han pensado en el control de natalidad para un planeta donde aún no ha nacido un bebé?

— ¿Por qué no? La Tierra pasó muchos problemas a causa de eso. Está calculado que Korel podrá alimentar y proporcionar un alto bienestar a cuatro mil millones de seres.

—En la Tierra viven más del doble...

—Pero se tuvieron que tomar medidas drásticas.

—Ese período no lo viví.

—Debe alegrarse de ello, comandante. Fue algo terrible.

—Eso tengo entendido. Al parecer usted lo estudió a fondo, porque no tiene muchos más años que yo.

—Siempre me preocupó la sociología. ¿Por qué los seres tienen que vivir apretujados? El espacio amplio es algo vital.

Leo alzó la mirada hacia la imagen del planeta. Después de contemplarla unos instantes dijo:

—Sí, tiene razón. Es un hermoso planeta; un verdadero regalo para la Humanidad. Merecerá la pena no estropearlo.

Kraus sonrió ampliamente.

—Celebro que lo reconozca. Nos veremos más tarde.

—Le avisaré cuando descendamos.

Kraus se detuvo. Volviéndose, preguntó a Schulten:

— ¿Descendamos?

—Claro. Yo pienso bajar con ustedes.

— ¿Por qué?

— ¿Cree que me iba a quedar aquí tranquilo?

—Estaríamos siempre en contacto. Además, yo puedo manejar uno de los aleones... Peter Spink intervino.

—No se moleste, señor Kraus. Usted no conoce a mi jefe. Se le ha metido en la cabeza acompañarle y lo hará. Kraus parecía nervioso.

—No es su obligación. Además...

— ¿Qué?

—Puede pasarle algo. ¿Qué sucedería entonces con el *Orión?*

—No ofenda al amigo Spink. El sería muy capaz de hacerlo volver a la Tierra.

— ¿Es sólo por curiosidad, comandante, lo que le impulsa a ir a

Korel?

—En un buen tanto por ciento, sí. Pero también me preocupa que sólo hayan dos personas, usted y Sharon Stack, para bajar allí —señaló la resplandeciente esfera—. No saben lo que les espera en Korel.

—Para eso hemos venido: para averiguarlo.

— ¿Pero por qué solos?

—No hubo tiempo para buscar a más personal especializado.

—En ese caso, si realmente no se opone, quiero ir con ustedes. También nos acompañarán algunos miembros de la tripulación.

—Le recuerdo que sólo fueron contratados para traernos aquí, no para arriesgar la vida.

—Toda la tripulación está ansiosa por ver con sus propios ojos esa maravilla, señor Kraus —dijo Spink—. Si el comandante Schulten no lo hubiera dicho el primero, yo le habría pedido ir con ustedes. Esté seguro que los tripulantes que irán en el Alcón son voluntarios. Todos, sin excepción, se ofrecieron.

Kraus abatió los hombros.

—No sé qué decir. Pero se lo agradezco.

Saludó con la mano y salió del puente.

Leo le siguió con la mirada. Se volvió con el semblante preocupado y Spink inquirió:

— ¿Qué te pasa ahora?

—No lo sé. Estoy preocupado. Es todo.

— ¿Motivos?

—Imprecisos. Hay cosas que no me gustan.

— ¿Por ejemplo?

—Si la situación de Korel preocupaba tanto a los dirigentes de NCG, ¿por qué enviaron únicamente a un hombre y una mujer?

—Ya te dijo Kraus que no tuvieron tiempo de buscar a más

colaboradores de confianza.

—Es una excusa muy floja. En Korel están enterrados ya muchos miles de millones de créditos. Si esa empresa fracasa, llevará a la ruina a la NCG.

— ¿Es que nadie ha pensado que a lo mejor no sucede nada extraño en ese planeta? Tal vez el silencio se deba a una desconocida perturbación de la estrella Canopus.

—Pudiera ser. ¿Por qué no?

* * *

— ¿Qué sabes realmente del comandante Schulten?

Al hacerle la pregunta a Kraus, Sharon le miraba fijamente a los ojos, nublado su semblante por una marcada preocupación.

—No existió mucho tiempo para escoger —replicó Kraus rascándose suavemente el mentón—. Pero de todas formas se revisó someramente el historial de Schulten. Es difícil que tenga relaciones con alguna compañía competidora. ¿Sabes que pienso que el comandante sospecha de nosotros?

— ¿Sospechar? Es ridículo. ¿Cómo puede...?

—Escucha. He adivinado que no le gusta que hayamos venido sólo nosotros dos a investigar.

— ¿Le dijiste algo para sacarle de su error?

— ¿Lo de la competencia? Oh, no.

—Hiciste bien. No entendería nada si no está involucrado en espionaje comercial.

— ¿Por qué no entendería? Schulten no es tonto. Comprendería que todo lo hemos hecho sigilosamente en la Tierra para que las dificultades en Korel no trasciendan.

—Esperemos un poco. Es posible que en Korel, según sea lo que veamos, seamos más explícitos con él.

—Pareces alegrarte, al final, que nos acompañe.

Ella se volvió sonriente.

—Claro que sí. Si está dispuesto a ayudarnos, estupendo. Y si la competencia le contrató para vigilarnos y contarles lo que pasa en Korel, nosotros le estaremos vigilando.

Kraus suspiró.

—Desde luego los dirigentes no se equivocaron al enviarte aquí.

—No lo creas. Lo hicieron porque soy apenas conocida.

— ¿Modesta?

—Lógica.

Y Sharon se retiró, caminando pasillo adelante, sabiendo que Kraus la miraba sonriente, admirativamente.

CAPÍTULO III

La gigantesca nave llevaba dos horas describiendo una órbita de diez mil kilómetros alrededor de Korel cuando de su panza surgió un vehículo estilizado, aerodinámico. Refulgió en plata a la luz solar, durante unos minutos navegó a poca distancia del navío nodriza.

El Alcón encendió sus motores y terminó alejándose del *Orión* lentamente. Cuando la gran nave se hubo alejado bastantes kilómetros, la navecilla hizo descender su aguda proa hacia la superficie.

El fuego de los propulsores aumentó y, con él, la velocidad.

Una hora después, el Alcón rompía las densas nubes que cubrían el gran continente. Leo, a los mandos, estabilizó el vuelo a una altura de ocho mil metros. Encendió los visores, esperando unos instantes que sus pasajeros estudiasen las tomas que les enviaban los objetivos situados a proa, popa y laterales.

—Tendremos que descender más —propuso Leo.

—De acuerdo —consintió Kraus, sentado inmediatamente detrás de él. A su lado, Sharon, muy quieta, miraba las pantallas.

Las imágenes se distorsionaron, mientras la nave, ya con las alas totalmente extendidas, descendía.

Leo recordó que cuando ordenó que las armas fueran introducidas en el Alcón eligió el momento en que Kraus y Sharon estaban cerca. Ambos presenciaron la operación y nada objetaron.

Aquello hizo pensar a Leo que si la pareja no tenía ningún temor determinado respecto a Korel, tampoco descartaba la posibilidad de algún peligro.

Para descender en un planeta precolonial con armas era preciso un permiso especial si no se había calificado antes como preceptiva la obligación de ir protegido.

Y Korel estaba en más baja escala de no peligrosidad.

Pero no era aquél el momento de establecer un tedioso y costoso enlace con la Tierra para cubrir el formulismo.

Leo no precisó de mucho tiempo para orientarse. Las coordenadas facilitadas por Kraus eran precisas. Habían decidido aterrizar primero en la ciudad situada más al norte, llamada provisionalmente Norurbe. Los nombres de las otras dos también respondían a sus situaciones geográficas: Esturbe y Oesturbe.

La elección de Norurbe se debía a que allí estaban centralizados los servicios administrativos y, también, la emisora enlazadora con la Tierra.

Las otras dos ciudades también disponían de emisoras capaces de contactar con otros planetas habitados, aunque sólo debían usarse para tal medio como caso de emergencia.

—Vamos a volar sobre Norurbe —anunció Leo.

El sargento David Delmonte manipuló en el panel de mando, colaborando con Leo en la dirección del Alcón. A una indicación de éste corrigió el enfoque de los objetivos y las pantallas mostraron una amplia explanada, salpicada de edificaciones blancas, rosas y celestes.

—Es Norurbe —dijo Kraus.

Leo notó en la voz de Mark una marcada emoción.

— ¿Por qué esos colores?

—No tienen mucha importancia. El equipo de sicólogos los eligió porque llegaron a la conclusión que sirve para elevar la moral de los trabajadores.

—Sin embargo allí veo un edificio totalmente rojo.

Leo notó detrás de ella la respiración entrecortada de Mark.

—No estaba previsto. Tal vez los hombres quisieron, por su cuenta, quitar un poco de monotonía al panorama.

—0 tal vez diferenciar Norube de las otras dos ciudades —apuntó Sharon.

Leo soltó un gruñido. Había conocido algunas colonias que terminaron peleándose entre sí, hasta tal extremo de ferocidad que no quedó un solo superviviente. Y todo el conflicto comenzó por una estúpida disputa referente a la denominación de cada barrio.

Explicó su temor a Kraus y éste negó vigorosamente con la cabeza.

—En Korel no ha podido pasar nada semejante. La colonia a la que se refiere fue promovida por una compañía de insensatos hace muchos años. Recuerdo el caso. Todos los trabajadores y técnicos de este planeta fueron seleccionados escrupulosamente.

—Estamos dando demasiada importancia a esa casa. ¿Qué importa que tenga un color y diseño distinto? —dijo Sharon.

Entonces Leo entornó los ojos. Estaban pasando de nuevo por encima de la extendida ciudad. Otra vez vio el edificio rojo, percatándose entonces, porque Sharon lo había aludido, que la estructura era notablemente diferente a las demás.

Las construcciones tenían belleza, aunque todas las indicaban apariencias que serían provisionales. Pero estaban situadas en los lugares que años después serian los cimientos de otros edificios más estables y duraderos. Entre las casas existían enormes espacios, con calles trazadas, bosques y jardines.

— ¿Dónde descendemos? —preguntó Leo. Habían dejado los trazados urbanísticos y estaba haciendo regresar el Alcón.

—Junto a la costa existe un campo de aterrizaje, a unos diez kilómetros. Tal vez veamos allí a la última nave que arribó a Korel.

— ¿Tenía que aterrizar en Norurbe?

—No forzosamente. Podía hacerlo en cualquiera de los tres enclaves. Todo dependía de las instrucciones de las autoridades de

superficie.

Leo localizó en seguida la gran pista gris de aterrizaje. Vio una nave estelar anclada a unos cientos de metros de un blocao de cemento y varios vehículos estacionados cerca de unas casitas.

Pero al igual que en la ciudad, ni un solo ser viviente, ni un movimiento que delatara el menor síntoma de vida.

El Alcón se posó suavemente, recorriendo apenas dos centenares de metros de pista. Leo cortó la ignición y lodos los que estaban a bordo se miraron entre sí ante el silencio opresivo.

Leo tomó el comunicador.

—Hola, *Orión.* Aquí Alcón Dos.

—Hola, Alcón Dos. Soy Spink. ¿Qué tal van las cosas?

Leo arrugó el ceño. El rostro de Spink había tardado más de lo usual en aparecer en la diminuta pantalla. Archivó mentalmente aquel dato para analizarlo más tarde.

—Por el momento, bien —dijo Leo—. Hemos descendido en las pistas situadas junto a la costa de Norurbe, tal como habíamos previsto. Ahora vamos a bajar del Alcón e investigaremos. La ciudad no queda muy lejos.

— ¿Vais a ir a ella?

—Claro que sí. Dejaremos en el Alcón seis hombres y nos llevaremos los otros cinco. Delmonte quedará al mando.

—Enterado. Suerte.

—Hasta luego, *Orión.*

El rostro serio de Spink desapareció del rectángulo. Leo se levantó, diciendo:

—Ya os habéis enterado, muchachos —miró a sus hombres, sonriendo ante la mirada hosca del sargento. Era fácil comprender por su expresión que no le había caído bien la misión de quedarse en el Alcón.

Entregó a cada uno de los hombres un pequeño rifle de rayos láser. Mark y Sharon no hicieron objeción cuando recibieron cada uno una pistola.

— ¿Saben manejarlas? —preguntó Leo enfundándose él una pistola y verificando el grado de carga de un rifle.

Los dos aludidos asintieron.

Entonces Leo pulsó el dispositivo de apertura de la compuerta.

Fue el primero en asomarse, aspirar el aire. El olor a bosque y salitre llegó hasta él. Descendió los tres escalones metálicos lentamente, mirando a todas partes. Su dedo acariciaba el disparador del rifle.

El blocao de cemento estaba a unos trescientos metros de ellos y Mark lo señaló.

—Podemos comenzar inspeccionándolo —dijo.

—Es un sitio tan bueno como otro para empezar —alzó la mirada y preguntó—: ¿Cuántas horas de luz solar nos quedan?

—Korel tiene un día de veinticinco horas treinta y seis minutos. Ahora estamos cerca del mediodía. Por lo tanto, tenemos unas seis horas por delante.

— ¿Serán suficientes para ver todo esto y luego recorrer la ciudad?

—Supongo que sí —sonrió Kraus—. Recuerde que yo nunca he estado aquí, pero he leído tanto de los trabajos y planes que todo lo que estoy viendo me resulta familiar.

—Entonces no hay duda que usted será nuestro guía. Vamos.

Leo indicó a sus hombres que se esparcieran lo más posible. Luego se puso al lado de Sharon mientras se dirigían al blocao.

La puerta estaba abierta y entraron. El interior estaba en perfecto orden, como si los seres que allí estuvieran normalmente trabajando fueran a regresar de un momento a otro.

Sharon pasó un dedo por encima de una mesa y lo retiró sucio de polvo.

—Aquí no viene nadie desde hace muchos días. Semanas.

—Pero no hay la menor traza de violencia —respondió Mark mientras empezaba a inspeccionar los archivos y cajones de la mesa.

— ¿Cuál es la nave que hay al otro lado?

—No es la última en llegar a Korel, si es eso lo que piensa, Schulten —dijo Mark dejando caer sobre un panel de mandos de luces un montón de papeles que había estado ojeando.

— ¿La reconoce?

—Sí. Se trata de un carguero pequeño que enlazaba con Tardhul, a unos dos años luz de aquí. De ese planeta se suministraban de alimentos frescos que aún no producen aquí.

Salieron del blocao y subieron a la nave anclada detrás. Ante la compuerta cerrada se detuvieron desilusionados.

—El cierre magnético no lo encontré en el blocao. Es raro, porque el jefe del campo debía conservar uno además del capitán.

Desilusionados, regresaron hasta el blocao. Desde allí caminaron a la derecha, hacia las edificaciones pequeñas, delante de las cuales había hasta una docena de vehículos.

—Son alojamientos para el personal en tránsito y operarios del campo —explicó Sharon.

Mientras las fueron inspeccionando una por una, Leo ordenó a uno de sus hombres que mirase si algún vehículo estaba en condiciones de funcionar.

Cuando salieron de las casas escucharon el leve rumor de un motor. Desde la carlinga, el hombre gritó:

—Todos están en buen uso, señor. En éste hay espacio suficiente para todos.

—De todas formas nos llevaremos dos —aconsejó Leo—. Así no nos veremos aislados en la ciudad si se avería uno.

Tomó el comunicador que llevaba pendiente del cinturón y comunicó a Delmonte su propósito de ir a la ciudad. Le rogó que informase también a Spink.

Se dividieron cuatro en cada vehículo. Leo se puso al volante del suyo. A su lado se sentó Sharon. Detrás, Mark y una chica llamada Katy, que en el *Orión* ejercía como enfermera. Era la única mujer del grupo de tripulantes que embarcó en el Alcón y parecía haberse hecho buena amiga de Sharon.

Leo puso en marcha el coche y enfiló hacia la salida del campo, siguiendo las indicaciones de Mark. De todas formas la carretera estaba bien señalizada, mostrando la dirección que debía tomar para ir al centro de Norurbe.

Apenas avanzaron un par de kilómetros cuando Leo aminoró la velocidad. A ambos lados veían docenas de máquinas detenidas. La carretera todavía no estaba terminada y Mark comentó:

—El trabajo se interrumpió inesperadamente. Toda la maquinaria pesada fue dejada aquí. Sin embargo, no veo ningún vehículo de transporte de operarios.

—En el campo si había algunos —apuntó Leo golpeando el volante.

—Pero debía haber más.

Leo calló y prestó toda su atención a la carretera. Las maquinarias quedaron atrás y comenzaron a verse las primeras edificaciones con aquellos colores suaves, blanco, rosa y celeste.

La carretera se había convertido en una amplia calle, totalmente terminada, flanqueada por densos bosques formados por unos tipos de árboles muy parecidos a los terrestres.

—Una ciudad camuflada —comentó Leo.

—Eso pretendíamos conseguir —sonrió Sharon.

— ¿Por qué dice «pretendíamos»? ¿Es que ya han abandonado la idea de convertir este planeta en un paraíso?

—Era una forma de expresarme. Pero hasta que no sepamos lo que aquí ha pasado no podemos tomar una decisión para el futuro.

—El centro coordinador lo encontraremos girando a la derecha primero, luego dos veces a la izquierda y unos trescientos metros más adelante. Es un edificio de dos plantas, de color celeste y blanco.

Vieron en tres ocasiones coches como el que estaban usando parados delante de las veredas que conducían a las casitas. Uno de ellos tenía las puertas abiertas y Leo sintió deseos de detenerse y observarlo detenidamente. Pero siguió adelante, efectuando los giros tal como le había dicho Mark.

Descubrió el edificio coordinador y se detuvo a una docena de

metros antes de llegar a él. En el interior del vehículo se hizo el silencio, grave y tenso.

Cuando bajaron, el otro vehículo que les seguía se detuvo a cierta distancia de ellos. Los hombres descendieron y se retiraron unos metros entre sí. Entonces Leo, al dirigirse hacia la entrada del jardín, exclamó alzando el brazo para señalar hacia la izquierda:

—Miren —dijo.

Todos se volvieron.

Detrás de unos altos árboles se divisaba la esfera cortada que desde el aire, cuando sobrevolaban la ciudad, les pareció que tenía otra forma distinta y les llamara tanto la atención por su intenso color rojo.

—Demonios —musitó Mark—. Desde el aire no me había percatado que estuviera tan cerca del centro coordinador.

— ¿Sabe ahora lo que significa? —preguntó Leo. Mark negó con la cabeza.

—No. Pero estoy ansioso por acercarme.

—Antes entremos y registremos esa casa. Luego iremos allí.

Leo indicó a los tres hombres del segundo vehículo que esperasen fuera. Luego, yendo él delante, empezó a cruzar el jardín.

CAPÍTULO IV

Klubs era nuevo en la tripulación del *Orión*. Aquél constituía su primer viaje al profundo espacio estela.

Cuando se dijo en la nave que el comandante iba a precisar algunos voluntarios para explorar el planeta Korel no dudó en presentarse. Luego, cuando fue elegido y empezó a darse cuenta que aquello no iba a constituir un mero paseo empezó a arrepentirse.

Se movió entre sus otros tres compañeros, apretando con fuerza el rifle de rayos láser. Observó cómo el comandante Schulten, los dos miembros de la NCG y su compañera Katty entraban en el edificio después de atravesar el jardín.

—Este lugar me pone nervioso —dijo mirando al otro lado de la larga avenida.

Mortimer, un veterano de la tripulación, le sonrió socarronamente.

— ¿Miedo, novato?

— ¿A un sitio desierto? —replicó Klubs enrojeciendo ligeramente —. Es este silencio, esta quietud. No corre ni brisa...

Mortimer calló, se desvaneció la sonrisa de su rostro y oteó el

horizonte.

Klubs avanzó unos pasos sobre la calzada, en dirección hacia el otro lado de los jardines. Mortimer le siguió, preguntando:

— ¿Qué te pasa ahora?

—No sé. Creo haber visto algo que se movía entre esos matorrales. Y no hay viento alguno.

Otro de los hombres añadió:

—Sí, yo también he creído ver como una sombra esconderse detrás de ese macizo de flores.

Los cuatro cruzaron la avenida y se adentraron entre los pequeños árboles y flores.

—Vamos, no hay nada —gruñó Mortimer—. Y el comandante nos dijo que nos quedásemos junto al...

De entre los macizos situados a unos diez metros de ellos surgió un vivo resplandor. El cuarto hombre, que hasta entonces había permanecido en silencio se dobló sobre la cintura. Cuando cayó sus compañeros descubrieron el enorme boquete abierto en el vientre.

— ¡Al suelo! —gritó Mortimer al tiempo que se arrojaba sobre el césped.

Apenas cayeron los tres hombres sobre el verde tapiz cuando sobre sus cabezas pasaron varios trazos luminosos, incandescentes y silenciosos.

Mortimer se alzó un poco y levantó su rifle. Apretó el disparador y barrió en un amplio haz el lugar de donde suponía había partido la agresión.

Los macizos quedaron cortados por las ráfagas y algunos ardieron durante unos segundos. Pero la vegetación estaba aún húmeda y se apagaron pronto.

A su lado, Klubs dijo trémulo:

—Podemos estar cometiendo un error. Son humanos como nosotros los seres que viven aquí...

—Yo aún no los he visto —replicó Mortimer irritado—. Pero sí he

notado el fuego del láser sobre mis cabellos.

—Habrá que avisar al comandante —propuso el otro hombre.

—Bien. ¿Quién irá hasta esa casa? Con esas endiabladas armas silenciosas no se enterarán de nada hasta que salgan.

—Yo iré. Cubridme —se ofreció el hombre. Mortimer y Klubs empezaron a disparar. El hombre saltó sobre el cadáver de su compañero y empezó a correr. Antes que pudiera poner sus botas sobre el asfalto de la avenida se alzó delante de él una cortina de fuego. Gritó, quiso detenerse, escapar del peligro. Pero los que estaban disparando contra él, cortándole el camino, rectificaron la dirección de tiro y la siguiente andanada le seccionó ambas piernas.

Se derrumbó sobre el asfalto lanzando un grito desgarrador. Consiguió arrastrarse un par de metros, dejando un denso reguero de sangre, hasta que un dardo de luz le alcanzó en el pecho.

A unos metros del segundo caído, Mortimer y Klubs dejaron de disparar. La carrera del hombre había sido cortada por disparos procedentes desde otro punto muy distinto del que ellos estaban achicharrando.

Klubs se aplastó más contra la hierba, pálido y castañeteándole los dientes. Mortimer se movió a su lado, lanzando juramentos y disparando a ciegas contra el lugar donde suponía que habían partido los últimos disparos.

—Hay que avisar a los compañeros —masculló colocando una carga nueva de energía en el rifle. Miró a Klubs y se mordió los labios.

El chico se hallaba próximo al histerismo. Mortimer también tenía miedo. Miedo y rabia a la vez al no poder descubrir a los agresores. Ignorar contra quienes tenían que luchar le exasperaba.

—Dispara en amplio abanico, destroza todo aquel frente de árboles y macizos —dijo Mortimer—. Intentaré llegar a la casa y pedir ayuda. Vamos, muchacho, Animo.

Le palmeó la espalda y se incorporó a medias, echando a correr todo lo agachado que podía. Mientras avanzaba sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Saber que en cualquier momento podía caer fulminado por uno o varios disparos láser era para deshacer la moral más alta.

Cuando comenzaron a refulgir los primeros disparos, estrellándose sobre el pavimento, a varios metros de él, Mortimer gritó:

—Dispara, Klubs, dispara. ¡Por el amor de Dios! ¡Dispara!

Klubs no se abrevió a volver la mirada. Agarrotó el rifle y pulsó el disparador. Los trazos lumínicos se perdieron en el aire.

Cuando escuchó el grito de Mortimer dejó caer el rifle y sollozó.

* * *

Solamente cuando gritó Mortimer se percataron que algo anormal estaba sucediendo en el exterior. Acababan de subir del sótano, en donde descubrieron, al igual que estaba toda la casa, que aquel edificio había sido arrasado, como si una pandilla de salvajes lo hubiera registrado de arriba abajo de forma tumultuosa.

Leo se precipitó hacia la salida, seguido de los demás. Cruzó corriendo el jardín y se detuvo cuando llegó junto al más cercano de los vehículos.

Lo primero que descubrió fueron los tres cadáveres extendidos al otro lado de la avenida. Luego, a Klubs correr hacia él.

El muchacho le había visto salir de la casa y levantóse de un salto, tirando el rifle y corriendo hacia el grupo, con los brazos extendidos y gesticulando incoherentemente.

Leo miró al otro lado de Klubs y entonces empezaron a surgir varias figuras de entre los macizos.

— ¡Tírate al suelo o corre en zigzag!

Pero Klubs ya había rebasado el centro de la avenida y parecía no haberle oído. Del jardín partieron unos disparos, que se estrellaron en el asfalto, a pocos pasos de él.

Leo se llevó el rifle a la cara y apuntó. Le desagradaba disparar sin saber lo que allí pasaba. Pero quienes fueran lo estaban haciendo con el definido propósito de matar a Klubs.

Las figuras que se estaban definiendo entre los arbustos se movían hacia ellos cada vez más aprisa. Leo disparó y vio caer a tres de ellas.

Katy se situó a su lado y empezó a utilizar su rifle. Mark y Sharon sacaron las pistolas y dispararon después de dudarlo un instante.

Klubs saltó sobre la acera y pareció quedarse detenido en el aire, cuando una descarga de láser le alcanzó en la espalda. Se agitó como un muñeco roto y rodó por el suelo.

Leo indicó a sus compañeros que se refugiasen detrás del pequeño muro que bordeaba el jardín. Era de piedra y sabía que podría resistir bien los impactos de láser.

Mientras tanto, las figuras que habían surgido de los jardines al otro lado de la calzada ya estaban sobre ésta y corrían hacia la casa coordinadora.

Leo sintió náuseas cuando los fue abatiendo uno tras otro, hasta que no quedó ninguno en pie. Cuando cesaron los disparos no sabía cuántos de ellos había inalado él. Habían disparado los cuatro y el resultado fue una carnicería.

Leo no permitió que ninguno se mostrase fuera del improvisado parapeto hasta que no consideró segura la ausencia de más de aquellos misteriosos agresores. Luego, fue él el primero en salir, caminando lentamente hacia el apretado grupo de caídos.

Se volvió una vez y se sintió más tranquilo al ver que sus compañeros vigilaban los alrededores.

Cuando llegó ante el primero de los muertos, uno no demasiado afectado por el láser, se acuclilló para inspeccionarlo.

Con la culata del rifle lo volteó. Era una mujer, de mediana edad, pero que debió ser atractiva. Vestía un sucio traje de una sola pieza de color azul. Había muerto de un certero trallazo en el corazón.

Leo arrugó el ceño. La mujer parecía no haberse lavado desde hacía varias semanas. Su cuerpo exhalaba un desagradable olor. Su mirada se detuvo en el rostro. Tenía los ojos abiertos, desmesuradamente, enmarcados por profundas, ojeras.

Entonces fue pasando junto a los otros muertos. La mayoría eran hombres. Contó unos veintidós cadáveres y todos presentaban los mismos indicios de suciedad y carencia de higiene personal. Estaban demacrados,

como si no hubieran sido suficientemente alimentados desde hacía tiempo.

Todos, sin excepción, tenían los ojos abiertos, bordeados de profundas ojeras.

Hizo una señal para que los demás se reunieran con él. Después de comprobar, tal como era presumible, que ninguno de los cuatro hombres del *Orión* estaba herido, preguntó a Mark:

— ¿Qué explicación tiene esto?

Mark parecía confundido.

—Sólo puedo decirle que estos desdichados eran operarios del proyecto. Por sus uniformes deduzco que pertenecían a las brigadas de esta urbe.

— ¿Qué ha podido pasar?

—Qué sé yo. Esto es para volverse loco. Lo único que puedo decir es que esto no podía esperármelo.

—Sin embargo, creo que lo observado nos obliga a tomar unas medidas más cautelosas —mascullό Leo mirando dolido a sus hombres—. Regresaremos al puerto espacial y hablaré con Spink.

— ¿Qué piensa hacer, comandante? —preguntó Sharon.

Leo la miró. Estaba admirado ante el comportamiento de la chica. Ni un solo momento la había visto un gesto de temor. Estaba tranquila, serena. El tono de su voz era normal.

—No dispongo de suficientes hombres para volver aquí.

—Tampoco nosotros pretendemos que los convierta en un ejército y los lance a la guerra, Schulten —protestó Kraus.

—Han muerto cuatro buenos muchachos —gruñó Leo—. Cuando se enteren sus compañeros se sentirán defraudados al saber que regresamos. Al menos querrán llevarse sus cuerpos.

— ¿Qué hará usted?

—Tengo compromisos, obligaciones —replicó Leo dirigiéndose hacia el primer vehículo—. Con agrado me quedaría aquí. Pero esta situación supera mis atribuciones.

—Estoy de acuerdo, comandante —asintió Kraus.

Cuando Leo puso en marcha el coche, dándole la vuelta para iniciar el regreso, pidió a Sharon que estableciera comunicación con Alcón Dos.

Mientras corrían velozmente por las avenidas, Sharon se volvió alarmada hacia Schulten.

—No es posible contactar con Alcón Dos.

— ¿Alguna avería?

—No lo creo. El transmisor responde. Sólo que no se puede establecer la comunicación. Es como...

Leo apartó un momento la atención de la avenida y la apremió con la mirada a que prosiguiese.

—Son los mismos indicios que captamos cuando innumerables veces se intentó establecer contacto desde la Tierra con Korel.

Luego, después de exhalar un suspiro, añadió:

—Lo que sea no existía cuando llegamos. Algo parece haberse establecido que nos impide comunicarnos con nuestros compañeros.

CAPÍTULO V

Al doblar la esquina para enfilar la arteria principal .de Norurbe

que conducía a la carretera que terminaba en el puerto espacial, lo que había en medio de ella hizo que los reflejos de Leo funcionasen automáticamente.

Pisó el pedal del freno y el vehículo chirrió estrepitosamente. Se deslizó unos metros por el pavimento y Leo tuvo que actuar con el volante para impedir que girase los trescientos sesenta grados.

— ¿Qué demonios es eso? —inquirió Mark mirando por encima de Leo y Sharon, que viajaban en los asientos delanteros.

Leo miró y no supo qué contestar. Sólo había visto que algo les impedía continuar. Ahora tenía tiempo de distinguirlo y lo observó con detenimiento.

Era una media esfera, posada en el aire, a un par de metros del suelo. Su color rojo resplandecía al sol.

—Parpadea —musitó Sharon.

—Como si estuviera transmitiendo un mensaje —añadió Leo.

— ¿Es lo que nos impide comunicarnos?

—Es posible. Pero también está pretendiendo lanzar un mensaje.

— ¿A quién? —preguntó Katy.

Como respondiendo a su pregunta, de los jardines laterales empezaron a salir hombres y mujeres, que empezaron correr hacia ellos. Iban armados y presentaban los mismos síntomas que los integrantes del grupo que agredieron y dieron muerte a los cuatro hombres del *Osaka* apenas hacía unos instantes.

Tomando su rifle y entregándoselo a Katy, Leo dijo:

—Es posible que sean gentes de Korel, pero sus intenciones son hostiles hacia nosotros y tenemos que escapar de aquí.

Miró a Sharon y Mark, como diciéndoles que no tenían otra alternativa que disparar a matar si no querían ser muertos.

Leo metió la velocidad y arrancó violentamente. Viró hacia la derecha, apartándose de la media esfera roja que flotaba sobre la carretera. A ambos lados de ésta ya existían nutridos grupos de personas intentando detenerles. Gritó a sus compañeros que disparasen antes que empezasen a recibir descargas mortales.

Katy sacó el rifle por la ventanilla y se encargó del grupo situado a su derecha. Mark precisó más tiempo para decidirse a actuar. Sharon lo hizo a continuación.

El vehículo arremetió contra la muralla humana. Las ráfagas y tiros procedentes del vehículo produjeron una amplia abertura por la que se introdujo Leo lanzando a varios metros de distancia al resto de los que se les oponían.

Pasó a poca distancia de la media esfera destellante. Apenas tuvo tiempo de observarla. Pero lo que captó le llevó a la conclusión que lo que fuera no era nada que él hubiera conocido en tantos años de vagar por los espacios.

Escucharon los cuerpos ser despedidos por el vehículo. Mientras se alejaban siguieron disparando para impedir convertirse en un blanco. Durante unos segundos algunos intentaron seguirles corriendo, al tiempo que disparaban inofensivamente contra ellos.

En seguida los perdieron de vista, así como a la esfera roja, al doblar la siguiente esquina de la carretera.

— ¿Qué ha podido pasar aquí? —seguía preguntándose Mark.

—Lo que sea ha enloquecido a los habitantes de Korel, convirtiéndolos en salvajes, incapaces de reconocer a sus compatriotas.

—No son salvajes, sino que están sometidos a un poder demasiado fuerte para poderlo combatir —replicó Leo.

— ¿Quiere decir que están actuando por órdenes emanadas de alguien o algo que les ha anulado su voluntad? —preguntó Sharon.

—Por supuesto. Hemos matado a varios de ellos. Atropellados o atravesados por los rayos láser. ¿Acaso hemos escuchado algún grito de dolor? Nada. Ni siquiera una orden para que maniobrasen ante nuestro intento de fuga.

— ¿Robots?

—O zombis. Lo que sea. Pero ya sabemos lo suficiente para marcharnos de aquí —se volvió para mirar a Mark—. Ahora usted ya tiene datos suficientes para emitir un informe. Son sus jefes, e incluso el Gobierno de la Federación, los que tienen que tomar cartas en el asunto. Esto es algo más que un incidente en un planeta en estado precolonial.

—Yo sigo viéndolo aún de otra manera, comandante —masculló Mark.

— ¿Cuál es su punto de vista?

—Eran cinco mil hombres y mujeres los que trabajaban aquí. No podemos considerarlos como enemigos. Si no actúan por su voluntad no pueden ser culpables.

Leo suspiró:

—Está bien. Ya tendrán ocasión de discutir eso en la Tierra.

—Es cierto —murmuró Mark—. No puedo exigirles más a ustedes. Han perdido cuatro buenos muchachos.

Leo disminuyó la velocidad del vehículo cuando comenzaron a entrar en el campo del espacio. Apenas habían recorrido los primeros metros de la explanada cuando una andanada de disparos se estrelló delante del coche.

Se desvío hacia la izquierda para eludir la agresión y la siguiente descarga se estrelló a su derecha, en el lugar que habían ocupado un segundo antes.

Leo miró hacia el Alcón Dos y soltó una maldición. La nave de desembarco estaba destrozada, caída sobre una de sus alas. El interior ardía y salía hacia el cielo una densa nube negra. Alrededor del Alcón corrían docenas, tal vez cientos, de personas.

— ¿De dónde han salido estas gentes? —dijo Leo, buscando ansiosamente un sitio por donde escapar de la encerrona.

Entonces se percató que del blocao surgían esporádicos disparos que intentaban mantener a distancia a otro grupo de seres que intentaban llegar hasta él.

Leo dirigió hacia el blocao el vehículo y vio que desde una de las troneras un brazo le hacía señas.

Mientras se dirigían hacia el blocao, el fuego de los ocupantes del coche terminó por impedir la aproximación del grupo armado. Varios cayeron fulminados y los demás, después de titubear, se reagruparon.

Inesperadamente, a gran velocidad, flotando a pocos centímetros del suelo, la esfera que les hizo detener a la salida de la ciudad u otra

semejante, se dirigía hacia el blocao. Ante la acción de la masa de metal rojo los hombres que deambulaban alrededor de los restos del alcen se pusieron en movimiento.

Leo detuvo el coche a poca distancia del blocao, hizo una señal para que todos bajaran y se dirigiesen al interior. Luego, sacó su pistola y apuntó contra la media esfera.

El haz luminoso del láser se estrechó contra la brillante superficie roja. Leo mantuvo el disparo durante diez segundos, observando cómo nada más conseguía obtener un chisporroteo de la máquina flotante.

Estaba a punto de levantar el dedo del disparador cuando comenzó a notar que en la brillante superficie se abría una pequeña hendidura.

Mientras retrocedía hacia el blocao insistió con la pistola.

Casi se llevó un sobresalto cuando observó que la media esfera se partía en dos mitades, cayendo al suelo. De su interior se escapó durante unos segundos un gas verde que se difuminó en el aire.

Leo, sin volver la espalda a los atacantes procedentes del destruido Alcón, pero observando a la esfera, llegó hasta la entrada del blocao, junto a la cual el sargento Delmonte pretendía cubrirle la retirada.

Sin embargo, los dos sólo tenían ojos para los dos trozos de la esfera, que caídos en el suelo de hormigón empezaron a arrugarse y tomar un color oscuro, hasta convertirse en humeantes pavesas, como si en lugar de haber sido brillante metal hubiesen estado constituidos de papel.

Leo sintió la mano de Delmonte agarrarle, mirando hacia el interior del blocao.

Los cientos de hombres y mujeres se habían detenido, quedando en actitud estática, sin avanzar un metro más y deponiendo su actitud belicosa.

—Ese cacharro parecía ser quien organizaba el ataque —dijo Mark acudiendo al lado de Leo.

—Puede ser —asintió Leo—. Sin su presencia no parecen tener interés en seguir atacándonos.

Se volvió para mirar a Delmonte. Allí sólo estaba otro de los hombres que había dejado junto con el sargento al cuidado del Alcón.

Delmonte se apresuró a decir:

—Empezaron a atacarnos apenas unos minutos después que ustedes se hubieran marchado. Al principio intentamos entablar conversación con ellos, pero mataron a Joaquín, que salió a recibirlos. —La voz de Delmonte era nerviosa, como si aún no hubiera podido librarse de unos momentos terribles—. No tuvimos otro remedio que defendernos, señor. Por un momento pensamos que podíamos contenerles. Incluso se retiraron a gran distancia. Aprovechamos la tregua para ponerle en antecedentes de lo que nos pasaba. Pero resultó inútil porque la radio no parecía funcionar.

«Volvieron a atacarnos y empezamos a escuchar explosiones por la parte de proa de la nave. Todo empezó a arder y decidimos salir antes que dejarnos asar dentro. Salimos disparando y conseguimos llegar hasta el blocao, que pensamos sería más seguro para seguir resistiendo. Por el camino mataron a los otros dos compañeros. A uno lo asaron a disparos, pero con el otro se ensañaron a golpes, hasta convertirlo en una piltrafa.

Leo asintió. Contó lo que les había pasado a ellos en la ciudad y su encuentro con la media esfera roja.

—No puede ser la misma, señor —dijo Delmonte—. Desde que comenzó el ataque la cosa roja que usted ha destruido no dejó de verse, siempre situada cerca de los bosques. La única vez que se acercó demasiado fue ahora —suspiró—. Al menos sabemos que no son indestructibles.

— ¿Por qué no pidió ayuda al *Orión?*

— ¿Cree que no lo hemos intentado? —exclamó Delmonte ofendido —. Pero no sirvió de nada. Los malditos comunicadores no dan ninguna señal de avería, pero no sirven para nada.

—Lo mismo nos ocurrió a nosotros cuando intentamos prevenirles al emprender el camino de regreso, sargento —dijo Leo. Se acercó a la mirilla, observando los grupos humanos, que formaban corros y parecían cambiar silenciosas impresiones entre ellos.

Pero Leo sabía que no conversaban. Si mantenían algún intercambio tenía que ser mental o por medio de signos.

Katy había estado inspeccionando el blocao. Dijo a Leo:

—Este sería un magnífico sitio para mantener un prolongado asedio, señor —sonrió amargamente y añadió—: Si no fuera, claro,

porque no disponemos de mucha energía para las armas y ni un solo gramo de comida. Agua sí hay bastante en los depósitos. Claro que antes habrá que analizarla.

Sharon se acercó para decir:

—Esos infelices no parecen tener iniciativa sin alguien que les diga lo que tienen que hacer. Pienso que podríamos llegar hasta la nave-carguero que está a unos centenares de metros de nosotros.

— ¿Cree que estará en uso? Antes no pudimos entrar...

—Nadie pensó entonces en volar la compuerta de acceso a disparos láser. Pero ahora habrá que intentarlo. Con esa nave podemos situarnos al lado del *Orión.*

—No es mala idea —asintió Leo, admirando la estabilidad emocional de Sharon en aquellos difíciles momentos.

Los sitiadores empezaron a retirarse hasta el fondo del campo, mucho más atrás de los restos del Alcón. Desde el blocao los vieron sentarse indolentemente, sin preocuparse de los muertos y heridos que habían dejado en la lucha, comenzando a revisar sus armas.

—Sólo parecen tener interés en el armamento —dijo Mark.

—Saldremos muy despacio, daremos la vuelta al blocao y marcharemos hasta el carguero sin dejar de vigilar los contornos —dijo Leo Schulten. Tomó una cápsula energética del rifle, añadiendo—: Supongo que con esto será suficiente para derretir la compuerta. Nos bastaremos con la segunda del compartimiento estanco.

Delmonte estaba junto a la entrada, vigilando, y dijo:

—Creo que ya es tarde, señor. Mire.

Leo se acercó y echó un vistazo al exterior.

Otra media esfera roja había aparecido, saliendo del bosque. Flotaba lentamente, como si danzara delante de los grupos de humanos sentados, quienes ante la presencia del artefacto se fueron incorporando.

—Y tienen otro jefe a quien obedecer —grupo Delmonte—. Se están preparando para atacarnos.

Leo miró la media esfera. Se preguntó si era la misma que les había intentado cortar el paso al salir de la ciudad. No podía saber la velocidad

que podía desarrollar si se hubiera puesto a seguirlos. Pero sabía con certeza que al menos había dos, lo que inducía a calcular que también podía ser su número mucho más elevado.

—Nos están cortando el camino hacia el carguero —anunció Katy regresando del observatorio posterior—. Parecen venir hombres y mujeres de todas partes.

Sharon miró angustiada a Leo, quien la observó, preguntándose si su serenidad no estaba empezando a ser ya escasa.

— ¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—Defendernos. Tenemos que mantenernos en» este lugar todo el tiempo que podamos. Hasta...

— ¿Hasta cuándo?

—Supongo que Spink empezará a extrañarse de nuestro repentino silencio y nos enviará otro Alcón. El número Tres está equipado con cañones radiónicos. Debimos habérnoslo traído en lugar del Dos.

— ¿Cuánto puede tardar en decidirse a actuar?

Leo se encogió de hombros. Tomó la cápsula que pensaba usar para abrir la compuerta del carguero y la introdujo en su rifle.

Al parecer alentados por la presencia de la nueva media esfera roja, los humanos de Korel, en silencio, comenzaron el ataque al blocao.

Avanzaron a pecho descubierto, corriendo no muy aprisa por el pavimento del campo. Pasaban junto a sus compañeros caídos sin mirarlos, sin preocuparse por ellos, por sus heridas.

Al fondo la cosa roja se movía de un lado para otro, lanzando destellos cada vez más visibles en aquel atardecer violento.

Desde el blocao, los seis defensores se esforzaban por mantener a raya las primeras líneas. Sobre el hormigón de la construcción se estrellaban los disparos de rayos láser de los atacantes.

—No parecen tener muy buena puntería —masculló Delmonte introduciendo otra cápsula en su rifle.

—No son soldados, sino operarios —dijo Sharon—. Esa cosa infernal los impulsa a luchar en contra de su voluntad. Los que vienen atrás sólo se preocupan del compañero caído para arrebatarle el arma.

No disponen de armas para todos.

—De todas formas existían demasiados rifles y pistolas en Korel para ser un planeta tan pacífico —dijo Leo.

—Tenía que existir una dotación de armas, según las leyes vigentes —replicó Mark.

Leo acudió a otra tronera. Los atacantes se estaban acercando demasiado por la derecha. De una ráfaga barrió un grupo. A pesar de estar acondicionados algún rescoldo de sentido de supervivencia debía existir entre ellos, puesto que algunas veces se replegaban, hasta que la presencia de la media esfera les empujaba de nuevo hacia delante.

Sharon se acercó a Leo aprovechando una ligera tregua.

—Se acerca la noche. Con la oscuridad podrán acercarse lo suficiente para desbordarnos. Leo asintió:

—Es posible que eso suceda.

—No quiero caer en manos de esos espectros...

—Son seres humanos.

—De todas formas no actúan como tales. Nos despedazarán si nos ponen las manos encima, Leo...

El aludido miró el bollo rostro de la muchacha... Por primera vez le había llamado por su nombre.

—Sí, Sharon.

—Estaba pensando en volarme la cabeza cuando comprendiese que nuestra defensa sea imposible. Pero no soy capaz de hacerlo. ¿Quisieras...?

—Olvídate de eso. Nadie va a morir —sonrió—. Eres demasiado bonita para que yo permita que uno de esos sucios tipos te ponga una mano encima.

Leo volvió a disparar, pidió a Sharon que se ocupase de aquel puesto y regresó junto a la entrada. Allí, asomándose de vez en cuando, Delmonte lanzaba andanada tras andanada. Las filas de atacantes estacan cada vez más cerca.

La media esfera roja seguía manteniéndose demasiado alejada. A

esa distancia no podía ser alcanzada por los disparos del rifle.

Estaba Leo estudiándola cuando apareció otra, colocándose al lado de la primera. Detrás de la nueva media esfera surgieron de los bosques más de un centenar de hombres y mujeres. Sus raídos trajes formaban un denso multicolor grupo.

—Vaya, al parecer están recibiendo refuerzos —dijo Leo.

—Si pudiéramos alcanzar a esas malditas cosas que flotan —bramó Delmonte— tendríamos una oportunidad de salir y llegar a la nave.

Leo bajó la mirada hasta el rifle. Acababa de colocar la última cápsula. Sabía que los demás estaban como él. Apenas podrían resistir unos minutos.

Y los sitiadores estaban disponiéndose para la carga definitiva.

Entonces empezaron a suceder cosas inesperadas.

El sol estaba ocultándose en el horizonte, sobre las tranquilas aguas del océano. Pero había aún suficiente claridad para que la media docena de personas sitiadas en el blocao presenciaran con atónitos ojos lo que estaba sucediendo en el campo de aterrizaje.

Por el oeste, procedentes de la carretera que conducía a Esturbe, llegaron varios vehículos a toda velocidad. Arrasaron algunos grupos de atacantes y de sus interiores partieron docenas de disparos cegadores.

Uno de los coches, cubierto con planchas de acero, efectuó un cerrado giro, enfilando la dirección hacia el lugar donde estaban las medias esferas rojas.

Una figura alzó una trampilla en la parte superior del vehículo y apuntó con un pesado rifle láser. Del agudo cañón partió un grueso haz que estalló cerca de la base de la esfera más cercana.

De nuevo ocurrió aquel estallido seguido por una viva explosión. La media esfera se fragmentó en varios pedazos, que apenas cayeron al suelo empezaron a ennegrecerse. El fluido denso que encerraba ascendió lentamente en el aire, hasta que la ligera brisa lo dispersó.

Todavía hizo el vehículo intentos de perseguir la esfera superviviente, pero ésta adquirió repentinamente una gran velocidad, desapareciendo entre los árboles, al tiempo que docenas de hombres cubrieron la retirada.

El vehículo desistió de la persecución, evitando un enfrentamiento de lleno con los sitiadores que protegían la media esfera roja superviviente.

El hombre pareció gritar algo al tiempo que señalaba hacia el blocao. A continuación el coche se puso en marcha, cerrándose la trampilla.

Mientras tanto, los restantes vehículos habían formado una especie de carrusel alrededor del blocao, disparando sin cesar contra los, cada vez menos numerosos, sitiadores, quienes faltos de la presencia de la media esfera parecían aturdidos, con escasos deseos de proseguir la lucha.

El coche que había destruido una de las medias esferas frenó en seco ante el blocao, una de las puertas laterales se abrió y un hombre saltó ágilmente al suelo. El cañón de su rifle apuntaba al suelo. Dirigiéndose al grupo que había dentro del blocao, les gritó:

—Eh, compañeros. ¿Qué esperan? No vamos a quedarnos aquí toda la noche esperándoles.

A la luz de los estallidos, Leo sólo se preocupó en estudiar los ojos del que había hablado. Estaban tan vivos como los suyos. Dijo a sus compañeros:

—Vamos adentro; ha llegado el autobús.

CAPÍTULO VI

Amanecía.

Estaban en Oesturbe.

Leo, Mark y Sharon estaban sentados en cómodos sillones. La fatiga y el sueño aún no les habían vencido. Apenas llegaron a la ciudad insistieron en conocer el mayor número de detalles.

El hombre que salió del vehículo invitándolos a subir se llamaba Culver Home y no quiso ser muy explícito durante el viaje de cien kilómetros hasta la ciudad situada al oeste del triángulo.

Durante el camino tuvieron que rechazar pequeños ataques producidos desde las cunetas de las carreteras. Pero el enemigo no contaba con armas potentes para destrozar un vehículo blindado, ni tampoco su puntería era muy buena contra un blanco móvil.

Culver les condujo al centro coordinador de la ciudad, después de atravesar una serie de alambradas que explicó estaban electrificadas.

—Es lo único que contiene a los adaptados —explicó.

Luego, ante unas tazas de café caliente, contó a los rescatados lo que eran los adaptados.

—Son nuestros compañeros, nuestros amigos. Siempre procuramos no matar demasiados de ellos. Tenemos esperanzas.

— ¿Qué clase de esperanza? —interpeló Leo Schulten.

— ¿Cuál puede ser? Recuperar esos desdichados. Es posible que aún puedan ser devueltos a la normalidad.

— ¿Qué ocurrió?

Culver se encogió de hombros.

—Todo comenzó inesperadamente. Hace muchas semanas. Acababa de llegar el último navío procedente de la Tierra. Tuvo problemas con el descenso y lo hizo a unos quinientos kilómetros de Oesturbe. Cayeron en una espesa selva. Como no había medio alguno de llegar hasta ellos por medios de superficie, yo fui encomendado por el centro coordinador de Norurbe para recogerlos, además de llevarles las piezas de recambio que tenían averiadas a consecuencia del brusco descenso.

«Me llevé una brigada de operarios, unos treinta hombres y chicas. Encontramos pronto la nave porque estaba localizada. Allí estuvimos dos días. Antes de regresar quise comunicar al centro si ya podía despegar y no obtuve respuesta. Curiosamente, los aparatos no estaban averiados, pero no servían para nada.

«Aconsejé al capitán de la nave que esperase nuestro regreso antes de ponerse en movimiento. Junto con mis hombres volvimos a Oesturbe, un poco alarmados ante el silencio de nuestros compañeros.

Miró a las tres personas un momento, bajó la mirada hasta fijarla en las puntas de sus pies.

—Más o menos nos encontramos con lo que ustedes han visto en Esturbe. La gente se había vuelto loca o idiota. Mientras algunos se dedicaban a destrozarlo todo, los demás permanecían impasibles ante lo que sucedía a su alrededor.

«Fuimos atacados por los más exaltados y tuvimos que combatir. Optamos por replegarnos a donde estaba la nave, en donde nos esperaban con impaciencia.

— ¿Por qué no huyeron en la nave? —preguntó Leo.

—Esa nave es de un tipo un poco antiguo. No puede elevarse si no es dirigida desde la superficie. Sin la cooperación de la torre de control

no sirve para nada.

«Así, decidimos armarnos y volver a Oesturbe. Limpiamos este barrio y lo electrificamos. Sólo así hemos conseguido mantener alejados a esos locos e ir comprendiendo la situación.

— ¿Cómo llegaron a tiempo para salvarnos en el campo estelar?

—Detectamos el descenso de su navecilla, comandante. Es cierto que tardamos algún tiempo en decidirnos a actuar. Compréndalo. Tenemos que ser prudentes. Apenas somos un puñado en comparación con los afectados por las radiaciones...

Mark levantó la mano, inquiriendo atención.

— ¿Entonces todo comenzó con algunas radiaciones?

Culver arrugó el ceño.

—No estamos seguros, señor. Pero todavía los detectores captan alguna especie de radiación que no es conocida. Algo debió suceder, ¿no? Es ilógico que miles de personas perdiesen la razón al mismo tiempo, todas localizadas en el área que cubre las tres ciudades. Tal vez nosotros y los tripulantes de la nave nos libramos porque estábamos demasiado alejados.

— ¿Qué son esas medias esferas rojas?

—Las descubrimos al día siguiente, cuando volvimos a este enclave con el propósito de hacernos fuertes. Además, necesitábamos alimentos, hacernos con los depósitos de comida. Durante el recorrido vimos más de veinte de esos artefactos voladores. Destruimos algunos, pero siempre surgían más.

«Nunca han entrado dentro de nuestras zonas alambradas, por lo que es fácil deducir que no pueden elevarse por encima de nuestras murallas electrificadas.

«En una ocasión intentaron vencernos lanzando un ataque frontal a costa de nuestros antiguos compañeros. Fue una matanza. Al parecer comprendieron la inutilidad de sus esfuerzos y desistieron. Por ahora se limitan a vigilarnos.

Mark se movió nervioso sobre su asiento. Culver le miró sonriente, instándole a que le preguntara.

—Estoy de acuerdo que alguna especie de radiación anuló la voluntad de los pobladores del triángulo —dijo Mark—, convirtiéndolos en robots humanos, fieles seguidores de sus órdenes. Pero es extraño que esas medias esferas rojas no volvieran a usar la misma táctica para reducir su grupo, señor Culver.

Culver asintió.

—Es cierto. Los primeros días siempre estuvimos temiendo que la radiación que anuló a nuestros compañeros volviera a producirse. Pero ¿qué quieren que les diga? Nada de nuestros temores se hicieron realidad... afortunadamente.

Leo pasó a explicar a Culver su propia situación y todos los acontecimientos que les habían ocurrido desde que descendieron en el Alcón Uno en el puerto estelar de Norurbe.

Culver cruzó los brazos sobre el pecho, moviendo desalentado la cabeza.

—Estamos casi en la misma situación, entonces —dijo—. La radiación desapareció o descendió lo bastante para que no nos afectara, pero esos condenados siguen impidiéndonos comunicarnos con el exterior.

— ¿No observaron antes alguna anomalía? Quiero decir antes que la radiación desatara la locura en el triángulo —preguntó Mark.

—Nada, señor. Todo el programa se estaba desarrollando tal como estaba planeado. Todos nos sentíamos llenos de entusiasmo, impacientes por terminar lo poco que nos quedaba y empezar a recibir a los colonos.

Mark se volvió para preguntar a Leo:

— ¿Qué piensa usted de todo esto, Schulten?

—Si los puestos en los campos estelares no captaron la llegada de ninguna nave extraña tenemos que pensar que el peligro estaba aquí. Que estuvo siempre en Korel.

— ¿Por qué no se manifestó hace años, cuando comenzaron los trabajos?

—Ojalá lo supiera. Pero todavía no podemos estar seguros que esas medias esferas sean locales.

—Robots —corrigió Sharon.

—Unos robots, en este caso, muy peculiares. Sólo poseen un gas en su interior... —se calló y añadió exaltado—: No son agresivos. Sólo impulsan a los seres humanos que tienen dominados a matar a sus semejantes que escaparon de la radiación. Culver, ¿alguna vez fueron agredidos directamente por las esferas?

—No, nunca. Nosotros ya habíamos recapacitado en eso. Ni siquiera cuando destruimos su guarida en Esturbe.

— ¿Guarida? ¿A qué se refiere?

— ¿Cómo? ¿Es que no vieron la edificación roja a poca distancia del centro coordinador en Norurbe? Usted me dijo que fue allí donde comenzó la lucha...

—Es cierto —dijo Leo—. Nosotros vimos esa construcción esférica desde el aire. Estaba al otro lado del bosque, justo enfrente del centro coordinador. Nos llamó la atención por su singular color. Stack aseguró que no estaba previsto nada semejante en la urbanización.

—Nosotros las llamamos guaridas. En cada enclave hay una. De esas guaridas surgen las medias esferas, o guardianes, como las hemos bautizado.

— ¿Y destruyeron una de esas guaridas? —preguntó Sharon.

—La de Esturbe. Hicimos una incursión allí hace unos días. Estábamos nerviosos y queríamos intentar algo, demostrarnos que podíamos pasar a la iniciativa. Nos bastó un ataque, alguna carga de explosivos, para hacerla volar. Pero a la mañana siguiente había otra exactamente igual ocupando su sitio.

— ¿Por qué la de Esturbe? ¿Acaso aquí, en el enclave de Oesturbe no hay ninguna?

—Sí. La tenemos a unos ocho kilómetros al oeste. Pero siempre está vigilada. En cambio, las de las otras ciudades, apenas están guarnecidas.

»Las guaridas aparecieron a continuación de las radiaciones. Los guardianes entran y salen de ellas simplemente atravesando la pared, como si fueran fantasmas. Nunca pasan más de veinte horas continuas en el exterior. Parecen necesitar repostar de algo cada cierto tiempo.

Leo se levantó y anduvo unos pasos. Miró por la ventana,

observando el amanecer en aquel mundo. Se volvió despacio y dijo:

—Las comunicaciones con Korel se interrumpieron al mismo tiempo que hicieron su aparición las radiaciones. Parecían cubrir todo el planeta, para luego sólo impidiendo que los mensajes llegasen del exterior. 0 que desde aquí cruzasen el espacio. Sin embargo, cuando nosotros descendimos pudimos establecer contacto con el Alcón Uno y éste con el *Orión*. Luego, cuando nos atacaron, todo intento de establecer contacto desapareció. Nuestros enemigos debieron pensar que tenían que silenciarnos de nuevo; pero esta vez más efectivamente.

»Es posible que sólo hayan cubierto de silencio el área que comprende el triángulo con las tres ciudades. Creo que debemos intentar pedir ayuda al *Orión* desde algún lugar más alejado.

Culver Horne asintió.

—Es posible que su idea tenga éxito, comandante. ¿Por qué no descansan unas horas y lo intentamos?

* * *

— ¡Por los infiernos, Leo! —gritó la voz de Spink por el comunicador—. Ya estábamos desesperados sin tener noticias de vosotros. ¿Qué ha pasado?

Leo suspiró aliviado. Habían tenido que alejarse, siempre al sur, cerca de cien kilómetros hasta que la radio dio respuesta positiva a su intento de contactar con el *Orión*.

Rápidamente puso a Spink al corriente de sus aventuras, terminando por detallar que sólo al retirarse del triángulo de las ciudades habían podido comunicarse.

—Tenemos que hablar rápido, Peter —dijo Leo—. Es posible que los guardianes detecten esta llamada y amplíen el radio de acción de sus interferencias.

—De acuerdo. ¿Qué hay que hacer? Estoy deseando bajar y barrer a esos bichos. Klubs y los demás eran magníficos muchachos. Deben pagar por sus muertes.

—Por el momento quiero que envíes un Alcón bien armado. El número tres dispone de cañones radiónicos. Aunque sólo lo precisamos para marcharnos de aquí no sabemos si el enemigo puede intentar algo para impedir la evacuación.

— ¿Dónde tenemos que descender?

Leo dejó que Culver dictase las instrucciones al respecto. El área electrificada en Oesturbe era lo suficientemente amplia para que un Alcón se posase sobre uno de los prados.

—De acuerdo, Leo. Estaremos allí dentro de ocho horas. Os daremos tiempo para que regreséis.

Leo fue a decirle algo cuando notó que la comunicación había sido cortada. Masculló una imprecación y se volvió hacia Culver, diciéndole que podían regresar al enclave.

Habían tardado cerca de dos horas en llegar hasta aquel punto. Al salir de la zona de seguridad apenas fueron molestados por los humanos sometidos. Unos disparos los mantuvieron alejados. Sólo vieron una vez un guardián y pasaron a bastante distancia de la guarida de Oesturbe. Cuando salieron de la urbanización se detuvieron y desde allí intentaron ponerse en contacto con el *Orión,* sin resultado positivo. Fueron parándose cada veinte kilómetros, hasta llegar a poco más de los cien, en donde, ya desesperados, escucharon con alborozo la voz de Spink.

Los guardianes sólo habían cubierto el área del triángulo. ¿Indicaba aquello que poseían límites en su poder?

—En menos de una hora estaremos de vuelta —dijo sonriente, Culver. Parecía que la idea de abandonar Korel le había puesto de buen humor—. Nos esperarán impacientes. Y tenemos mucho trabajo que hacer antes que llegue la nave.

—Es cierto. Aunque hemos podido hablar con Spink seguimos sin poder decirles a los que quedaron en Oesturbe que podemos evacuar.

Culver puso el motor en marcha y condujo el vehículo por el sendero. Hasta treinta kilómetros más adelante no encontrarían la carretera. Les acompañaban Delmonte y un hombre de Korel llamado Dalton, ambos armados con potentes rifles láser,

—Esta zona no parece muy civilizada —dijo Leo mirando a través de la ventanilla protegida por una rejilla.

—La desechamos por el momento. Es demasiado pantanosa un poco al norte. Al otro lado del pantano existe una cordillera inaccesible, casi cortada a pico. Si miras a tu izquierda puedes verla.

Leo se giró para mirar hacia donde indicaba Culver. Los picos se distinguían, grises, en el cielo.

—Allí se hubiera podido construir una estación invernal —dijo Leo —. Me gustaría esquiar. ¿Hay mucha nieve en invierno?

Culver sonrió.

—Aquí el clima es casi inalterable —de súbito arrugó el ceño—. Ahora caigo que siempre estuvieron los picos de esas montañas completamente nevados, pero desde hace cuatro meses empezó un deshielo que nunca antes habíamos visto.

— ¿No se hicieron investigaciones? —pregunto Leo, un poco extrañado. .

—No podíamos distraernos de nuestro trabajo en algo que no estaba planificado anteriormente por la NCG. Ir a las montañas y escalarlas nos hubiera supuesto distraer otras obligaciones inaplazables.

— ¿No has caído en la coincidencia, Culver? Cuando empezó el deshielo se produjo después la radiación.

—No sé hasta qué punto pueda influir

—Tampoco yo estoy seguro, pero me gustaría investigar.

—Creí que querías escapar de aquí cuanto antes — rio Culver.

—De todas formas no es posible que la NCG abandone fácilmente este proyecto.

—Desde luego que no, pero serán gentes especializadas las que se encargarán de limpiar este planeta.

—Dudo que esto sea un mero accidente. Puede tratarse de algo mucho más importante.

—Algo te ronda la cabeza...

—Sí. Algo existía en este planeta cuando se descubrió, pero que por causas que ignoramos no se ha manifestado hasta ahora. ¿Habéis provocado algo que captara la atención de los llamados guardianes?

—Si te refieres a las explosiones atómicas que efectuamos en los valles gemelos…

— ¿Dónde están esos valles?

Culver entornó los ojos y una nube de preocupación fue acusada por sus ojos.

—En medio de las cordilleras. Existe un claro muy grande, como de unos cuarenta kilómetros cuadrados. Allí existen filones de uranio. Durante unos meses trabajamos allí para que cuando lleguen los colonos sólo tengan que comenzar la explotación.

—Debiste habérmelo contado —gruñó Leo.

—Amigo, si te empiezo a contar todo lo que hemos hecho en Korel necesitaría un mes.

—Lo siento.

—No tiene importancia. Durante el viaje de regreso a la Tierra te contaré todo lo que sé.

Durante el resto del viaje no volvió a abrir la boca Leo, hasta que irrumpieron en los arrabales de la ciudad. Vieron de lejos grupos numerosos de humanos sometidos a la dictadura de los guardianes, pero no hicieron gestos hostiles contra ellos.

Antes de entrar en el recinto electrificado observaron un grupo de medias esferas rojas deslizarse en el aire a unos quinientos metros de ellos.

—Nunca había visto a tantas juntas —comentó Culver deteniendo el coche y mirando al otro lado de la verja.

—Tal vez estén nerviosos por nuestra presencia. Ojalá estemos lejos antes que se decidan a atacarnos usando algún medio imprevisto.

Sharon y Mark acudieron a recibirlos. En seguida se vieron rodeados de los Hombres de Culver y tripulantes de la nave que rescató este último.

Sonriente, Culver les comunicó que había logrado contactar con el *Orión* y que una nave descendería en la zona antes de cinco horas. Leo añadió que sólo podían llevarse lo imprescindible. El Alcón Tres era suficiente para trasladar a todos, pero no admitiría exceso de equipaje.

—Pero tenemos que estar más prevenidos ahora que nunca —añadió Culver—. Hemos visto que numerosas esferas están cerca. También parecen estar llegando centenares de sometidos desde las otras dos ciudades. Me temo que nuestros enemigos están preparando un ataque definitivo contra nuestra posición.

Gritando, los hombres y mujeres corrieron a sus alojamientos en busca de sus objetos personales. Culver reforzó la guardia.

En la zona electrificada existía la natural alegría al conocerse la noticia de la próxima evacuación. Culver se despidió del grupo diciendo que quería inspeccionar el prado donde debía posarse el Alcón Tres.

Leo se giró sonriente hacia Sharon y ésta le sorprendió echándose a sus brazos y besándole. Por el rabillo del ojo vio a Mark que se alejaba silbando.

El comandante comprendió que no existía nada entre Sharon y Mark. Loco de alegría, devolvió el beso.

CAPÍTULO VII

Cuando el Alcón Tres descendió en el prado, detrás de las edificaciones, Leo ordenó la retirada.

Desde hacía cerca de una hora estaban conteniendo el feroz ataque de los sometidos humanos. La presencia de los guardianes se había hecho muy numerosa. En medio del tumulto del combate, Leo había creído ver hasta más de dos docenas, que siempre fuera del alcance de los rayos láser, impulsaban a los desgraciados humanos a encontrar la muerte ante las verjas electrificadas.

La sorpresa que Leo había temido por parte de los guardianes había consistido en una extraña máquina, cúbica, que desplazaron hasta un centenar de metros de la verja. De la máquina salió un fluido proyectado con ésta, que al contacto con el aire se solidificaba.

Era una especie de torre de asalto por la que docenas de hombres y mujeres, sucios y famélicos, pero armados hasta los dientes, se precipitaron contra el recinto.

Culver acudió con el resto de los hombres y ayudó a Leo y su grupo a defenderse, hasta que los cadáveres de los atacantes formaron un montón que impidió el avance de los restantes fanáticos que llegaban atrás.

Los guardianes debieron intuir que los humanos, libres de su influencia, proyectaban escapar y habían estado reuniendo el mayor número posible de sus esclavos, pero anticiparon el momento del ataque, sin esperar a reunirse bastantes fuerzas como para asaltar el recinto por diversos puntos a la vez.

La llegada de la nave alivió la tensión existente entre los defensores. En aquel momento había casi cesado el ataque si se exceptuaban esporádicos disparos desde el otro lado de las verjas, que por fortuna para ellos se hacían con lamentable puntería.

Sólo habían tenido tres bajas y los defensores se fueron replegando con toda la rapidez que pudieron hasta la nave. Junto a ella estaba Spink, quien había distribuido un cordón de tripulantes del *Orión,* armados, para proteger la retirada.

Spink abrazó a Leo y luego le empujó al interior. Gritó a sus hombres que se retirasen y él fue el último en subir a bordo, cerrando de un golpe la compuerta y corriendo a la cabina de mandos.

El Alcón Tres despegó y Leo, sentado junto a Spink, observó por el visor lateral cómo decenas de sometidos empezaban a penetrar en el recinto, pisando sus propios muertos.

—Justo a tiempo —suspiró Leo—. Creo que están acudiendo desde todas las ciudades a centenares. Sus amos estaban reuniéndolos para acabar con nosotros de una vez.

— ¿Por qué no lo hicieron antes? —preguntó Spink—. ¿Quiero decir cuando sólo estaban esos operarios de la NCG y la tripulación de la nave que se perdió en la jungla?

— ¿Quién puede saberlo? —Leo se encogió de hombros—. No podemos adivinar lo que piensan esos robots o sus constructores, si es que existen los últimos. Tampoco nadie se explica cómo es que no volvieron a usar la radiación para terminar de destruir la voluntad de los que quedaban.

Spink acarició una serie de botones colocados en un cuadro de plata sobre el panel de mandos. Sonrió y preguntó a Leo:

—Podemos soltarles unas andanadas que los destruya.

—No, nada de eso. Culver me confió que tiene la esperanza de que sus desdichados compañeros vuelvan a ser personas normales.

—Es posible. De todas formas me hubiera gustado vengar a los que murieron.

—Traspasemos esa responsabilidad a la NCG.

—Pues entonces, ¡a casa!

El Alcón Tres siguió tomando altura. Al llegar a los cinco mil metros Spink puso en funcionamiento los impulsores supletorios para vencer la gravedad de Korel.

— ¿Todo bien? —preguntó Sharon que acababa de entrar en la cabina llevando tres tazas de café.

—Sí, cariño —respondió Leo entregando una de las tazas a Spink y tomando él un sorbo de la suya.

Se quedó mirando la cara de Spink. El segundo de *Orión* tenía fruncido el ceño, mientras manipulaba rápidamente en los mandos.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Leo comenzando a percibir las anomalías en el vuelo.

—No sé con certeza. Pero este trasto parece no querer alejarse del planeta. ¡Absurdo!

Leo dejó la taza y ayudó a Spink. Pronto se aseguró que los temores de su amigo eran fundados. El Alcón, a pesar de trabajar a toda potencia no parecía poder vencer el campo gravitatorio de Korel y entrar en la órbita del *Orión.*

—Los indicadores de alarma señalan que estamos forzando demasiado los propulsores —exclamó Leo—. Si seguimos así estallaremos.

— ¿Cómo puede ocurrir esto? —inquirió Spink terriblemente pálido.

Leo soltó una maldición.

—Esos condenados guardianes o sus amos, lo que sea, están empeñados en no dejarnos salir. Quieren evitar que contemos lo que está pasando en Korel. A cada momento son más fuertes, desarrollan más su poder.

— ¿Una barrera?

—Algo parecido —respondió Leo, tomando la dirección del Alcón y desviándolo de su ruta ascendente. Descendieron unos dos mil metros y enderezó el vuelo. Suspiró aliviado cuando las alarmas dejaron de titilar —. Al menos ahora no corremos peligro de volar en pedazos.

—Pero seguimos atrapados en Korel —murmuró Sharon.

CAPÍTULO VIII

Desde tres mil metros observaron las ciudades del triángulo con el potente telescopio que reflejó en la pantalla las imágenes captadas.

—Centenares de medias esferas —gruñó Delmonte—. Están por todas partes. Son tan numerosas como los humanos.

La pantalla mostraba una visión de la edificación roja de Norurbe. Era la primera vez que los hombres del *Orión* veían cómo los guardianes surgían de su interior atravesando limpiamente las brillantes paredes.

—Están rastrillando toda la ciudad —observó Mark.

—Como si quisieran asegurarse que no queda ni un humano fuera de su control —apostilló Leo.

—Mientras controlaron la situación, recluyéndonos en el recinto no parecieron preocuparse; pero con la llegada de ustedes parecen haberse enfurecido. ¿Qué otras sorpresas nos reservan? En cualquier momento pueden sacarse algo de la manga que nos derribe en una de las vueltas que estamos dando sobre las ciudades.

Las palabras de Culver cayeron como una pesada losa en el grupo. Todos sabían que tenía razón. Si habían sido capaces de establecer una barrera que les impidiese salir del planeta, no parecía serles muy difícil

tener algo que les destruyese en pleno vuelo.

—Tenemos dos alternativas: descender o quedarnos aquí, en el aire, observándolos —dijo Leo.

— ¿Cuál es la más sensata?

—Ninguna —respondió amargamente—. El continente es grande y podemos descender a miles de kilómetros, pero ¿quién nos asegura que no son capaces de instalarse cerca de nosotros en poco tiempo?

— ¿Qué podemos hacer? —interpeló Spink.

Entonces Leo contó lo que le dijera Culver acerca de las montañas situadas al oeste, al otro lado de la zona pantanosa.

—Las explosiones atómicas pudieron dar la alarma. Tal vez en los valles gemelos encontremos el origen de los guardianes. Hasta que no ocurrieron los estallidos atómicos no dieron ninguna señal de existencia. Esas medias esferas no demuestran demasiada rapidez de decisión. No creo que se imaginen que vayamos allí, hasta su cubil en el supuesto que esté en los valles.

Nadie respondió. Al cabo, Spink dijo:

— ¿Qué otra cosa podemos hacer? Acepto cualquier cosa excepto cruzarme de brazos, dejando la iniciativa en manos de nuestros enemigos.

—También, aunque lo dudo, es posible que desde allí volvamos a establecer contacto con el *Orión*. Si no podemos esperar ayuda de él, al menos podemos ordenarles que regresen a la Tierra e informen de lo que está ocurriendo —aspiró aire y añadió—: Lo cierto es que temo que esos condenados hayan cubierto de silencio todo el planeta y las comunicaciones sean imposibles.

Leo calló su temor de que los guardianes pudieran atacar al *Orión,* que seguía describiendo órbitas sobre Korel, indefenso.

Rogó a Culver que le ayudase a encontrar la cordillera, pretendiendo olvidarse de sus temores.

* * *

A pesar del tamaño, el Alcón Tres era un aparato versátil y de gran maniobrabilidad en la atmósfera. Voló a cinco mil metros de altura durante media hora en dirección norte, para luego virar y regresar al suroeste.

Leo explicó que no estaba muy seguro si con aquella maniobra despistaría al enemigo. Lo ignoraban todo sobre ellos y no podían saber si en aquellos instantes los estaban siguiendo con algún sistema de detección.

Spink sugirió que se cortase la propulsión atómica y se usase la química que, como reserva, tenía el aparato. Leo comprendió en seguida y manipuló en los mandos.

—Tienes razón —dijo a Spink—. Siempre dejamos un leve rastro radiactivo tras nosotros. Sólo cuando se sucedieron las explosiones nucleares los guardianes se dejaron ver.

Instantes más tarde empezaron a sobrevolar las montañas.

—Llegaremos a la vertical de los valles gemelos dentro de quince minutos —dijo Culver—. ¿Lleváis algún vehículo terrestre a bordo?

—Sí. Unos deslizadores. ¿Por qué lo preguntas?

—No sería aconsejable descender en los mismos valles.

— ¿Acaso no existe espacio despejado para el Alcón?

—Oh, sí; pero corremos el peligro de ser descubiertos apenas entremos.

Leo estuvo tentado de preguntarle por quién o quiénes podían ser descubiertos. Pero comprendió que Culver no podría darle una respuesta concreta. De todas formas la precaución no estaba de más y aminoró la velocidad de la nave, mientras la hacía perder altura.

Spink localizó un claro a unos diez minutos de viaje en deslizador. Leo lo aprobó y descendió sobre él.

Las montañas que tenían frente a ellos eran suaves, casi laderas. Al otro lado estaban los valles.

Se sacaron armas de la nave y se dispuso un grupo, que capitanearía Leo. Spink, después de revisar su arma, afirmó que él no

estaba dispuesto a quedarse cuidando el Alcón.

—No podemos dejarlo solo —protestó Leo. —Delmonte está capacitado para pilotarlo. Incluso sería capaz de llevar el *Orión* a la Tierra si consiguiera volver allí.

Leo dispuso que diez hombres, entre sus tripulantes y miembros de la colonia, quedasen en el Alcón. Cuando se dirigió hacia Sharon para rogarle que ella no subiese a los deslizadores que estaban siendo sacados de la nave, la muchacha le miró furibunda.

—De ninguna manera. Yo voy con vosotros —exclamó Sharon—. ¿Olvidas que esta misión fue organizada por la NCG y yo soy empleada suya?

Leo resopló, resignado.

—Me temo que mis obligaciones respecto al contrato de mi compañía con la tuya ya han sido sobrepasadas. Pero no puedo obligarte a permanecer aquí. Vamos.

La empujó hacia el interior de uno de los deslizadores. En total sumaban cuarenta, distribuidos en los cuatro deslizadores.

Aquellos aparatos tenían forma de huso ancho, cubierto por una baja cúpula transparente. El piloto iba sentado en la aguda proa y los demás pasajeros se repartían en los restantes asientos colocados en fila doble.

Leo había dispuesto que Spink condujese un deslizador. Mark y Culver se encargarían de los demás. Como las transmisiones de radio estaban anuladas por las interferencias, acordaron comunicarse por medio de señales luminosas mediante el viejo sistema Morse.

Los deslizadores se elevaron unos diez metros, avanzando a unos cien kilómetros por hora. Pasaron por estrechos pasos flanqueados por escarpadas rocas, yendo siempre Leo en cabeza del grupo.

Sharon iba mirando hacia atrás siempre y dijo a Leo que Culver estaba transmitiendo. Avisaba que al otro lado de los siguientes montes estaban los valles. Aconsejaba, a continuación, que virasen hacia la derecha, bajando hasta el comienzo del valle lo más al sur posible.

Cuando rebasaron los siguientes montes, los valles aparecieron a su vista. Eran grandes, apenas notándose la separación de uno y otro. Al fondo Leo creyó observar algunas pequeñas construcciones, así como una

amplia explanada, presumiblemente dispuesta para aterrizajes futuros, cuando las instalaciones estuviesen funcionando.

Recordó que Culver le había contado que ellos tuvieron que hacer uso de las explosiones atómicas para abrir un camino que comunicase los valles hacia el este, en donde se tenía proyectado construir un ramal de transportes suspendidos.

Siguiendo las instrucciones de Culver, Leo abrió camino hacia la derecha del valle, haciendo descender el deslizador.

Bajando la ladera, lo detuvo junto a unos pequeños árboles. Luego esperó que llegasen los demás deslizadores para salir. Llamó a Culver y cambió con él algunas impresiones.

—Nadie venía aquí desde hace mucho tiempo —dijo Culver—. Por supuesto, las explosiones atómicas fueron limpias. Las radiaciones no pasaron de la escala primaria Alfa. Terminamos pronto los trabajos.

Leo se colocó delante de los ojos el par de potentes visores telescópicos. Fue inspeccionando el fondo del valle, hasta que algo que ocurría cerca de las abandonadas instalaciones llamó su atención.

Era una gran esfera que emergía de entre las torretas metálicas. Su color rojizo la hizo destacar rápidamente. Leo hizo que los demás mirasen allí también.

Docenas de guardianes, flotando a unos centímetros del suelo, entraban en hilera en la edificación escarlata.

—Creo que tus premoniciones estaban acertadas —dijo Culver.

—Todavía no estamos seguros si esos extraños seres tienen aquí su base más importante —replicó Leo sin dejar de mirar la penetración de los guardianes en la esfera—. ¡Demonios! Por muy grande que sea esa esfera no pueden caber tantos guardianes dentro.

—Debe tratarse de una estación de enlace. Tal vez dispongan de algún camino subterráneo que les ponga en contacto con algún otro punto más lejano —intervino Sharon.

— ¿Por qué un camino subterráneo? —masculló Leo—. Puede tratarse de un transmisor de materia.

—Eso siempre ha sido la meta de nuestros científicos —dijo Mark —. Algo semejante arrinconaría para siempre las naves estelares

convencionales.

—Nuestros enemigos pueden disponer de ese medio de traslación desde hace mucho tiempo. Algo muy normal entre ellos.

Los guardianes llegaban del este, como si el camino preparado por los operarios de la NCG fuera ideal para ellos. Unos minutos más tarde dejaron de llegar guardianes. De vez en cuando surgía alguno de entre los árboles cercanos que rápidamente desaparecía dentro de la esfera.

—Si queremos llegar hasta el fondo del asunto tenemos delante de nosotros el medio para llegar a él —dijo Leo apuntando con el índice la esfera.

Culver le miró alarmado.

— ¿Sugieres acaso que nos metamos dentro? —preguntó.

— ¿Dudas que la materia viviente lo consiga? —sonrió Leo—. Debemos probarlo —se volvió hacia Sharon y se enfrentó con la mirada resuelta de la muchacha. Meneó la cabeza, añadiendo—: Está bien, está bien; pero me gustaría que te quedases.

—Estás loco si piensas que alguno de nosotros está dispuesto a quedarse fuera —sonrió Sharon.

CAPÍTULO IX

Cuando descendieron de los deslizadores, a pocos metros de la esfera, y después que un grupo de diez hombres se desplegaron, Leo se acercó al lugar donde suponían que habían usado los guardianes para entrar.

No se extrañó al encontrarse con una lisa y fría pared, de metálica sensación. Incluso lo contrario le hubiera puesto en guardia.

Leo retrocedió unos pasos, se llevó hasta la cadera el perforador láser y apretó el gatillo.

La brillante luz hendió la roja superficie, que fue cortando como mantequilla ante la alegría de todos. Los extraños guardianes no eran poseedores de algún metal invulnerable al láser. La gran cúpula era tan vulnerable como las más pequeñas situadas en las ciudades y que, sin duda, eran estaciones de comunicación empleadas por las medias esferas conductoras de las masas de humanos sometidos.

Leo siguió trabajando con su arma, construyendo una tosca pero eficaz puerta. De un puntapié terminó de hundirla. Del interior surgió luz de tono rosado.

Iba a asomarse cuando escuchó gritos. De los bosques estaban apareciendo guardianes que se dirigían hacia ellos velozmente. Si se

hubiera tratado de criaturas pensantes, Leo habría imaginado que estaban furiosos ante la profanación cometida en lo que podía definirse como su santuario.

Los hombres apostados alrededor de la esfera estaban disparando contra los guardianes. Ya habían abatido a varios de ellos cuando éstos reaccionaron de forma inesperada.

Hasta entonces los guardianes habían actuado únicamente como dirigentes de los humanos sometidos. En cambio ahora estaban atacando con verdaderas armas. De sus planas bases, las que les hacían sustentarse sobre la superficie, habían surgido unos miembros flexibles metálicos, de color negro. De sus agudas puntas lanzaban rayos de intenso calor.

Leo vio caer a uno de los hombres de Culver convertido en una bola de fuego. En varios puntos ardía la maleza.

Los guardianes se movían con la velocidad del rayo, como si maniobrasen para defender la puerta practicada por Leo.

Pero los terrestres habían reaccionado a tiempo y sus armas dieron buena cuenta de los guardianes. A los pocos segundos de haber comenzado su fulgurante ataque, todos yacían, rotos, alrededor de la esfera, mientras del interior se escapaba el fluido gaseoso que parecía animarlos.

—La verdad es que no hemos sido invitados —sonrió lúgubremente Mark—. Al parecer no somos bien recibidos.

—Lo contrario sí me hubiera sorprendido —dijo Leo. Echó una última mirada al terrestre muerto y se volvió resuelto hacia la entrada—. No podemos volver atrás.

Había señalado hacia las colinas cercanas. Desde su posición anterior no habían podido ver que allí existía una esfera de las dimensiones semejantes a las que había en las ciudades. Docenas de guardianes salían de entre sus paredes, que inmediatamente tomaban la dirección donde se alzaba la gran esfera.

—Estamos atrapados —gruñó Culver.

—Adentro todo el mundo —dijo Leo empujando a Sharon—. Es posible que esos bichos no se atrevan a disparar contra su santuario.

Apresuradamente fueron entrando y Leo se apostó junto a la estrecha entrada junto a Culver. No había más sitio para otros defensores

y sólo ellos dos empezaron a disparar contra la horda de guardianes.

Sus rayos láser fueron destrozando a docenas de ellos, pero los que venían atrás seguían tercamente intentando la aproximación.

Leo observó que los guardianes tenían sus miembros flexibles dirigidos hacia ellos, aunque hasta el momento no se había producido ningún disparo de calor.

—Saben que estamos dentro y quieren acabar con nosotros o expulsarnos, pero no se atreven a causar más daños —dijo Culver colocando otra cápsula de energía en su arma.

De súbito los guardianes se detuvieron y comenzaron su silenciosa danza, moviéndose de un lado para otro sin decidirse a reanudar el ataque.

Leo llamó a dos hombres encargándoles que vigilasen a los guardianes. Luego ambos se dirigieron al centro de la esfera.

El comandante se detuvo en medio de sus compañeros, estudiando el lugar. Alzó la mirada y llegó a descubrir la altura de la cúpula sumergida en una nube blanquecina. Pero la bajó porque lo que había a ras del suelo, brillante y blanco, le pareció lo más importante.

Se trataba de una plataforma circular, de metal mate, gris. Leo se detuvo a un par de pasos y tiró al centro una cápsula vacía.

El cilindro metálico, apenas tocó la superficie mate, desapareció.

— ¡Demonios, Leo! —Bramó Culver—, no pretenderás colocarte ahí encima, ¿no?

—Eso es un transmisor de materia —replicó Leo.

—Pero no sabemos las consecuencias que tendrá en los organismos humanos. ¿Quién sabe a dónde puede conducir?

Leo pidió una cuerda y ató sus binoculares a un extremo. Sostuvo el otro y arrojó el objeto sobre la plataforma. El cable se quedó tenso, como si hubiera arrojado los binoculares a un pozo. Tiró del cable lentamente y de nuevo tuvo en sus manos los binoculares.

—Está intacto —dijo sonriente—. Será interesante ir al otro lado. Estoy seguro que no será difícil volver.

—Vamos, adelante, amigo. Yo voy contigo —bromeó Culver.

Todavía sonreía Culver, pensando que las palabras de Leo sólo suponían una broma, cuando éste saltó sobre la plataforma. Mientras caía escuchó el grito de asombro de Sharon.

Mark tuvo que sujetar a la muchacha para impedir que siguiera a Leo. El grupo, muy despacio, se acercó hasta el borde. Luego se miraron todos confusos.

Sharon se debatía entre los brazos de Mark, y Spink se mordía los labios, tratando de vencer el deseo de seguir a su jefe, pero le conocía lo suficiente y sabía que a él le hubiera gustado que esperase un poco.

Inesperadamente, como si estuviera subiendo por una empinada escalera, Leo apareció en el centro de la plataforma. Sonreía cuando anduvo sobre ella y se acercó a sus compañeros.

Sharon le abrazó y palpó, asegurándose que estaba incólume.

—Les invito a bajar, amigos —dijo Leo.

— ¿Cómo es que ahora la plataforma parecía sólida? —preguntó ceñudo Mark.

—Digamos que al otro lado había una semejante. Bajé, eché un vistazo y subí. Entonces, lo que antes había sido sólido, pareció absorberme —explicó Leo—. Exactamente no es un transmisor a distancia de materia. Más bien diría que es una escalera que conduce a una enorme caverna artificial a algunos centenares de metros de este mismo planeta.

— ¿Qué has visto abajo? —inquirió, nervioso, Mark.

—No me he quedado mucho para verlo todo. Pero no he visto un solo guardián. Y el lugar es tan grande como varios campos de fútbol. Podemos bajar, aunque dejaremos algunos hombres vigilando a los guardianes que nos cercan.

—Entonces... ¿Qué estamos esperando? —dijo Spink saltando sobre la plataforma.

Leo tomó a Sharon de la mano y la notó trémula. La apretó y ayudó a saltar.

La transmisión apenas duró un segundo, pero Leo volvió a experimentar la ausencia total de la materia. Si la primera vez cerró los ojos instintivamente, ahora los mantuvo bien abiertos y sólo percibió una

brillante claridad neutra.

Cuando aparecieron sobre otra plataforma idéntica, Leo miró a Sharon. La chica también había cerrado los ojos como él la primera vez. Cuando los abrió para mirar a su alrededor no pudo reprimir una exclamación de asombro.

Leo tiró de ella, haciéndola bajar de la plataforma para dejar paso a los que venían detrás de ellos. Comprendió el asombro de Sharon puesto que él también se halló aturdido instantes antes. Pero su ansia de regresar le impidió recrearse en la contemplación de la enorme estancia en donde se hallaban.

Mientras los demás iban apareciendo, Leo condujo a Sharon hasta unos pasos más adelante, deteniéndose al llegar a una especie de balaustrada metálica. Delante de ellos, y a unos cien metros más abajo, dominándolo, se extendían una amplísima superficie, cuyo final no podía distinguirse, cubierto de difusas maquinarias.

— ¿Qué es todo esto? —musitó Spink acercándose a Leo.

—Me gustaría saberlo —replicó también en voz baja, como si temiera la voz en aquel sobrecogedor lugar.

— ¿Adonde hemos ido a parar? —dijo Sharon—. ¿A otro planeta, en otra galaxia?

Leo negó con la cabeza.

—No lo creo. Según mi teoría seguimos en Korel, aunque a unos cientos de metros bajo la superficie.

Se volvió para comprobar que los veinte hombres que debían acompañarles ya estaban todos formando un silencioso y respetuoso grupo. A pocos metros de ellos, a la derecha, comenzaba un camino elevado que discurría sobre la aglomeración de máquinas estáticas y de reluciente metal gris.

La luz era potente, aunque insuficiente para llegar hasta el último rincón de aquel recinto gigantesco. Los laterales y sobre todo el fondo, permanecían en la más total oscuridad. Podían ver hasta unos tres centenares de metros hacia delante y casi podían alcanzar a apreciar las paredes verticales de ambos lados.

Detrás de ellos, al otro lado de la plataforma, un muro granítico se alzaba hasta perderse en la oscuridad. Entonces Leo notó que no podían

saber a qué altura estaba el techo. Las luces surgían de proyectores cúbicos sostenidos por altos postes y distantes unos de otros unos cincuenta metros.

El silencio era total. Aunque al principio prestó atención no escuchó ni el más leve rumor. Tan sólo la respiración alterada de los terrestres se percibía esporádicamente.

Leo entró el primero en la pasarela, estrecha y que sólo permitía que fueran uno detrás de otro. Llevaba dispuesto su perforador láser, acariciando el gatillo.

La pasarela tenía altos barandales de tubos de hierro gris y el suelo parecía estar cubierto por una gruesa alfombra. Leo miró hacia abajo y admiró la perfección de aquellas máquinas, que casi formaban un solo conjunto, tan unidas estaban unas de otras. Eran como enormes cilindros, con protuberancias rompiendo la brillantez del metal. Sólo fijándose bien podía ver algunas fisuras entre unas y otras.

Cuando hubieron caminado unos metros empezó a comprender que las máquinas teman un largo de ochenta metros y unos diez de diámetro. Si no formaban un conjunto y eran unidades independientes allí debían haber miles de ellas.

Leo intentó hacer un cálculo mental y tuvo que desistir de su intento de obtener un número aproximado.

Se volvió y gritó a Spink que la mitad de los hombres regresasen y custodiasen la plataforma. Era el único camino que disponían para reunirse con el grupo que defendía la esfera y no quería arriesgarse a perderlo por causa de algún incidente imprevisto.

Calló en seguida. Su voz había sonado profanadora en medio de aquel silencio. Hizo una señal para que le siguiesen.

Al cabo de veinte minutos habían perdido de vista el anfiteatro donde estaba situada la plataforma transmisora. Si se miraba hacia atrás sólo podían verla sumida en una semioscuridad.

Sin embargo, las luces iban encendiéndose a medida que avanzaba, como si un dispositivo automático las fuese encendiendo.

Y seguían sin ver el final de aquel gigantesco recinto. Bajo ellos, las máquinas seguían prolongándose, conservando su perfecto orden, siempre juntas e iguales.

Entonces vieron el primer tobogán.

Partía de la plataforma desde una circunferencia adosada a la izquierda. El tobogán tenía una leve inclinación y descendía hasta el fondo, sobre una de las máquinas. Leo calculó que también podía servir para subir con alguna dificultad.

Siguieron y volvieron a ver otro tobogán diez minutos más tarde.

Leo se detuvo e hizo una indicación a Spink y Culver para que se acercaran.

—Tenemos que decidir —resopló—. Esto no parece tener fin y no disponemos de todo el tiempo que se parece precisar para recorrer esto.

— ¿Qué sugieres? —preguntó Spink.

—Bajar... Es posible que si seguimos sólo encontremos al final otra plataforma sobre un anfiteatro o una simple pared de granito. Sin embargo, opino que deberíamos averiguar para qué sirven estas máquinas.

— ¿Por qué piensas que son máquinas? —inquirió Culver—. Pueden ser ingenios bélicos.

—O sarcófagos —sonrió Leo—. Cualquiera sabe. No especulemos y echemos un vistazo.

— ¿Todos?

—No. Dejemos tres hombres y descendamos los demás.

Y Leo se dejó deslizar sobre el tobogán. Se puso en pie cuando tocó la pulida superficie de la máquina. El diámetro era suficiente en el cilindro como para no temer resbalar. Se acercó a una de las protuberancias y la examinó.

Era un tubo metálico de un metro de diámetro, totalmente cerrado y similar a los que se extendían en todas partes.

—Esto existía muchísimos siglos antes que la compañía decidiese explotar Korel —dijo Mark Kraus—. ¿Por qué la fuerza que parece guardarlo no se dejó ver hasta hace pocas semanas?

—Tal vez fueron las explosiones atómicas las que delataron nuestra presencia —recordó Culver.

Leo empezó a descender por el costado del cilindro sirviéndose de los tubos metálicos. Saltó el último metro y miró hacia el suelo que pisaba. Ahogó un grito de asombro.

Se acuclilló y quiso mirar a través de lo que parecía ser un cristal semitraslúcido. Desde arriba era imposible notar aquella peculiaridad. Los pasillos que formaban las hileras de máquinas cilíndricas eran apenas de tres metros de ancho.

Leo arrugó el ceño, pensando que si el tobogán estaba dispuesto en aquel sitio era probable que no muy lejos encontrase algo que le explicase el motivo de su situación.

A poca distancia halló un cuadrado por el que se filtraba una luz. Encontró una manilla y tiró de ella. En seguida se echó atrás al recibir en el rostro una bocanada de aire.

—Aire a presión, concentrado. Seguro que podemos bajar por aquí sin necesidad de escalera alguna —opinó Leo mientras se asomaba.

Sin titubear se dejó caer por el hueco, descendiendo lentamente hasta recorrer los tres metros que le separaban del suelo.

Se encontró en una estancia de unos treinta metros cuadrados, desnuda y de suelo color naranja. Al fondo se veía el intrigante paso de una puerta cerrada.

Aguardó hasta que todos bajasen. Mientras, se preguntó si no se estaban arriesgando demasiado. Entonces notó que la temperatura había descendido ligeramente, hasta unos diez grados sobre cero.

Spink se le adelantó y fue el primero en llegar a la puerta, la cual hizo deslizar hacia un lado simplemente empujándola.

Cuando Leo se acercó para ver lo que había al otro lado se quedó quieto, paralizado. Sus manos apretaron con rabia el perforador láser.

* * *

Una cinta transportadora estaba llevando unas decenas de cuerpos humanos, desnudos, hasta una estrecha entrada, que los iba engullendo lentamente.

Culver rezongó:

—Son compañeros míos. He conocido a varios de ellos en Oesturbe.

Los hombres y mujeres que conducían la cinta yacían en quieta posición, con los ojos cerrados. Todos carecían de vello y sus cuerpos famélicos relucían como si estuvieran untados con alguna brillante cobertura.

Leo corrió a lo largo de la cinta. Junto a la abertura por la cual eran introducidos los cuerpos había una entrada. La franqueó y se encontró con un cerrado túnel. Unos cincuenta metros más adelante se detuvo, e instintivamente amartilló su arma. Al otro lado se alineaban docenas de medias esferas rojas. A cada varios segundos una de ellas se alejaba lentamente, flotando en el aire, desapareciendo dentro de una campana de cristal.

—Esto es una locura —musitó Leo sintiendo sobre su nuca la respiración entrecortada de Culver.

—Están asesinando a mis compañeros. Los dejaron sin voluntad en la superficie para... Dios mío, ¿para qué? ¿Qué están haciendo ahora con ellos?

Culver parecía enloquecido y Leo no pudo detenerle cuando empezó a disparar contra las medias esferas rojas que aguardaban su turno para ponerse en acción y salir de aquella estancia.

Las cubiertas empezaron a caer destrozadas, rotas en miles de pedazos apenas el rayo de luz las tocaba. Algún mecanismo las seguía empujando y Culver continuaba convirtiéndolas en chatarra.

Leo reprimió una exclamación de asombro. El fluido vital que parecía dar vida a los guardianes no se escapaba de su interior en esta ocasión. Eran simples artilugios carentes de movimiento.

Llegaron Mark, Sharon y los demás y entre todos consiguieron dominar a Culver.

—Lo siento, lo siento —jadeó Culver, dejando escapar de entre sus manos el rifle láser—. He perdido la serenidad.

—No te preocupes, muchacho; lo comprendemos —le sonrió Leo y regresó a donde estaba la cinta transportando cuerpos humanos.

La cinta se había detenido, con su carga humana. Leo se acercó a

una hermosa muchacha a pesar de su desnutrición y le tomó el pulso. Suspiró al notárselo con cierta dificultad. Pero vivía.

Volvió a la otra estancia. Habían dejado de surgir medias esferas rojas. El montón de trozos había obstruido, al parecer, su camino. Al fondo se divisaban muchas de ellas que no podían salir del compartimiento donde parecían estar almacenadas.

— ¿Es que usaban a mis compañeros como alimento? —gritó Culver.

—No, exactamente; pero sí los usaban de alguna manera. Me gustaría saber para qué.

Súbitamente empezó a parpadear la luz y se escuchó un ruido sordo, como si procediera de algún lejano lugar de aquel subterráneo insólito.

— ¿Qué pasa ahora? —preguntó Mark mirando a todas partes, con ojos asustados.

—Quizá hayamos detenido un proceso automático y están tratando de averiguar qué ha pasado —dijo Leo.

Avanzó hasta donde los últimos guardianes reanimados habían usado para desaparecer y se encontró con un amplio túnel al otro lado de la campana de cristal.

Pensó que los nuevos guardianes podían haber sido trasladados a las ciudades del triángulo, apareciendo instantáneamente en ellas por medio de las edificaciones rojas.

Sonrió con sarcasmo. Posiblemente la mente que regía aquel misterio les estuviera ordenando en aquel instante que regresasen de inmediato a los valles, a combatir a los molestos extraños que merodeaban en sus escondidas entrañas.

Leo grabó en su mente aquellos lugares e indicó que le siguieran a través del túnel. Al otro lado, después de cruzar varias puertas, se hallaron ante el comienzo de un enorme salón, de brillantes suelos y paredes iridiscentes.

Allí sintió deseos de poder usar los comunicadores para saber si los demás grupos estaban bien.

Al escuchar el grito de Sharon miro hacia el fondo de la estancia,


en donde toda su pared se había abierto para dejar paso a un extraño ser.

CAPÍTULO X

Los terrestres no pudieron evitar retroceder unos pasos. Sólo cuando pasaron unos segundos y consiguieron salir de su estupor se acordaron de sus armas, las cuales enfilaron contra el recién llegado.

Era algo enorme, que se deslizaba a unos centímetros del suelo, muy lentamente, avanzando hacia ellos. Era de metal y tenía el tono de lo viejo. Apenas un color anaranjado relucía intensamente en algunas partes.

Medía unos cinco metros de altura y era una gruesa plataforma sobre la cual había diversos cubos de desiguales tamaños, que parecían servir de soporte a un ovoide cristalino dentro del cual se movía lentamente algo viviente.

La criatura alojada dentro del ovoide era gris, rugosa. Sus cortos miembros manipulaban sobre unas palancas. El fláccido cuerpo sustentaba una cabeza en forma de pesa dentro de la cual flotaban dos brillantes puntos negros.

Aquella extraña combinación de mecánica y vida se detuvo a unos treinta metros de los terrestres. El ser dejó de mover las palancas y dentro de la cabeza los puntos negros se quedaron fijos en el grupo.

Leo se mordió los labios. Notó el tibio cuerpo de Sharon junto al

suyo. Incluso percibió el ligero temblor de la muchacha. Comprendía el peligro que estaban corriendo.

Lo que tenían delante era totalmente distinto hasta lo que entonces habían visto en Korel. No era como los guardianes, que sólo cuando ellos irrumpieron dentro del recinto con la plataforma transportadora dieron señales de violencia. Era imposible predecir el siguiente movimiento de la aparición.

Sin embargo, Leo también comprendía que no era sensato precipitarse y ser ellos los que atacasen primero.

Hizo un gesto imperioso a sus compañeros para que no disparasen y avanzó unos pasos, siempre con el perforador láser dispuesto.

La máquina-ser se deslizó unos metros también y lo que parecían ser sus ojos se concentraron en la figura de Leo.

Todos se estremecieron cuando una ronca y tonante voz habló:

—No intentéis nada contra mí, seres inferiores. Puedo destruiros cuando lo desee, anticipándome a vuestras intenciones.

— ¿Qué cosa eres? —preguntó Leo en un de voz, vivamente impresionado.

— ¿Cosa? Soy Vigilante. He utilizado una palabra vuestra que define adecuadamente mi misión.

— ¿Cómo hablas mi lengua?

— ¿Hablar? ¿Es que no habéis comprendido que es en vuestro cerebro donde suenan mis mensajes?

Leo había estado demasiado aturdido para no haberse percatado que así era realmente. Echó una mirada a sus compañeros. Todos estaban recobrando lentamente su aplomo, aunque todavía quedaban nervios.

—Reconozco que me habéis sorprendido, humanos. Nunca pude pensar que seríais capaces de llegar hasta aquí —dijo Vigilante—. Pero habéis facilitado mi trabajo.

— ¿Qué trabajo?

—Durante mucho tiempo he intentado tener ante mí algunos humanos incólumes. Sabía que en la superficie quedaban algunos, pero siempre eludían a mis servidores o sus antiguos compañeros sometidos a

mí.

—Bien. Ya nos tienes aquí. ¿Qué deseas de nosotros?

—Saber muchas cosas que no puedo extraer de las mentes atrofiadas.

Culver avanzó nervioso.

—Dime qué hacen aquí mis compañeros, sucia máquina —gritó.

— ¿Te refieres a los que uso para activar a mis servidores?

— ¿Son tus servidores esas medias esferas rojas que llamamos guardianes? —preguntó Leo, interviniendo para calmar a Culver.

—Sí. Sólo disponía de cinco servidores cuando desperté.

— ¿Por qué despertaste?

—Sonó la alarma —los puntos negros bailaron dentro de la cabeza rugosa—. Después de un tiempo tan largo que vosotros no podéis asimilar por su gran magnitud, regresé al estado consciente, dispuesto a cumplir con mi misión.

— ¿Cuál es tu misión, Vigilante?

El ser dudó unos instantes. Empezó a moverse de un lado a otro, como si estuviera pensando la respuesta.

—No debería intercambiar pensamientos con vosotros. Pero lo haré porque al mismo tiempo estoy estudiando vuestras mentes.

— ¿Eres telepático?

—Sólo a cortas distancias. De otra forma hubiera podido obtener información de los humanos que escaparon a mi acción convertidora.

— ¿Llamas convertir a destrozar la mente de miles de seres y usarlos para fines perversos, cochina máquina? —gritó Culver.

—Tomo lo que necesito, humano. Puedes ahorrarte tus insultos porque no me afectan. Repito que cuando desperté comprendí en seguida que había transcurrido más tiempo del previsto. Cuando nos instalamos en este planeta su sol era aún demasiado joven y este mundo aún bullía en su formación primaria. Aunque somos casi inmortales el curso del tiempo ha averiado diversos mecanismos. Por ejemplo, casi todos mis

servidores quedaron fuera de uso. Sólo unos pocos estaban en condiciones de obedecerme. Cuando comprendí que el peligro estaba en la superficie cubrí el área habitada con las radiaciones controladoras y luego levanté los medios de comunicación en cada núcleo.

»En seguida comprendí que todavía no estaba en condiciones de llegar a conclusiones óptimas. El largo tiempo de inactividad también me había afectado y debía someterme a un período de recuperación mental.

—Actuaste contra los humanos precipitadamente —le recriminó Leo.

—No me arrepiento de ello. Más tarde recapacité y llegué a la conclusión que era lo más idóneo que hice. Analicé los cuerpos humanos y me sentí contento cuando supe que podía usar su fluido vital para reactivar a ciertos de mis servidores.

»Esto lo decidí cuando detecté la llegada de más humanos procedentes del espacio.

—Y también ampliaste las interferencias para impedirnos la comunicación —remachó Leo.

—Sí. Me había limitado a bloquear el planeta tan sólo. Luego tuve que ampliar la interferencia al área habitada y más tarde a todo el planeta como medida de seguridad.

—Has asesinado a muchos de mis compatriotas —dijo Leo.

— ¿Asesinado? —El tono de la voz dentro de su mente se elevó, como si la acusación hubiera enfadado a Vigilante—. Actúo defendiendo lo que ha sido nuestro desde siempre. Vosotros sois los invasores. Estoy en mi derecho a mataros a todos. Además sois criaturas inferiores.

—No podéis ser los dueños de un planeta que no habitáis.

—Es cierto que no somos originarios de este mundo, pero lo adquirimos cuando aún hervía en lava. Entonces construimos este enclave.

— ¿Con qué motivo?

— ¿Acaso pretendes hacerme creer que lo ignoras? ¡Os estábamos esperando!

Leo miró confundido a sus compañeros.

—No estoy loco —gritó Vigilante, y Leo recordó que en cierta forma estaba leyendo sus pensamientos—. Vuestras explosiones atómicas delataron vuestra presencia. Fue la señal para ponerme a actuar.

—Pero ¿para qué? ¿Qué pretendes?

—Ha pasado más tiempo del previsto, pero las premoniciones de nuestros antepasados no podían equivocarse. Ellos sabían que llegaría el día en que una raza del espacio, la que nosotros expulsamos una y otra vez, regresaría para tomarse venganza por nuestra raza cuando llegase el momento.

—Esos enemigos no podernos ser nosotros.

—Las máquinas que conservan los registros no pueden equivocarse. Nunca conocimos, los que aquí estamos, quienes son nuestros enemigos, pero sin duda sois vosotros. Averiguaremos dónde está vuestro mundo y os destruiremos a todos.

—Sería un error. La raza humana ocupa cientos de mundos y nunca ha sido vuestra enemiga. Hemos llegado aquí por primera vez, dispuestos a colonizar vuestro mundo pacíficamente. Pero si os molestamos estamos dispuestos a reconocer vuestros derechos y dejaros en paz.

—No digas tonterías, humano. Ya es tarde. El ciclo que he iniciado con mi despertar es imparable. Sólo necesito algún tiempo más para disponer a mis millones de compañeros sometidos a suspensión animada para que las flotas que duermen en estos subterráneos se pongan en marcha, vuelen por los espacios y conviertan vuestros mundos en planetas muertos.

Leo arrugó el ceño. Naves. Las máquinas que habían visto al llegar hasta allí eran las naves a que aludía Vigilante. Efectivamente, allí podía haber miles, tal vez millones de ellas. Posiblemente, sus poderosas armas podían convertirlos en invencibles ante las armas humanas.

Sudó imaginándose el terror que en breve podía desplegarse sobre la galaxia que los humanos siempre habían pensado que era de su uso exclusivo.

—Podemos dialogar. Estoy seguro que podemos convencerte que estás en un error. Nosotros no somos esa raza que teméis.

—Claro que sí sois vosotros. ¿Es que no lo comprendes? Aunque realmente no seáis aquellos quienes nuestros antepasados vencieron una vez, sí representáis las mismas cualidades que poseían y que los hicieron

peligrosos para la supervivencia de nuestra raza.

Leo empezó a comprender. Vigilante representaba a una antiquísima raza que sacrificó millones de sus miembros para que durmieran durante miles de siglos esperando una amenaza que, inexorablemente, tenía que producirse más tarde o más temprano.

Si no hubiera sido la raza humana, el paso del tiempo hubiera puesto alguna vez en Korel a otros seres que Vigilante habría estimado como sus implacables enemigos.

Ni el ser más dotado intelectualmente de la creación podía escapar al riesgo de la locura, producida por una larga inactividad mental.

—Hablas de millones de compañeros tuyos. ¿Dónde están?

—En sus puestos de combate, en las naves que estoy disponiendo para partir. Por eso necesito reactivar a todos mis robots servidores con el fluido de los humanos dominados en la superficie, a los que traigo hasta aquí dentro de servidores, para que a su vez activen a más que seguirán transportando a los humanos que quedan aún en las ciudades.

»Mis servidores terminarán de ir recorriendo cada nave, despertando a los tripulantes. Antes de diez días terminaré la operación. Ahora estoy leyendo en vuestras mentes cuáles son vuestros planetas. No podéis impedirlo porque tenéis grabados en ellas sus posiciones.

Leo gimió lleno de impotencia. No podía ocultar sus pensamientos a aquel ser. Todos comprendieron y quisieron retroceder. Pero la tonante voz de Vigilante les detuvo.

—No seáis ridículos, humanos. También leo las mentes de los que os esperan en la pasarela, y las de los que están junto a la plataforma transportadora. También capto los pensamientos de los que están deteniendo la entrada de mis servidores en la superficie, cuyo ataque he ordenado detener porque no puedo permitirme el lujo de perder más servidores-robots. Todos vosotros formáis un tramado mental que os une. Paso de una a otro.

— ¿Quieres decir que todo lo que estás diciendo lo escuchan los demás grupos dispersos en tus dominios?

—Así es.

—Podemos destruirte.

—Yo leería vuestra intención antes de que pudierais ponerla en práctica. —Vigilante mostró docenas de tubos delgados que sacó de los cubos.

— ¿Por qué usas ese medio de locomoción?

—Al despertarme estoy muy débil. Es lógico. No os alegréis por ello. Uso este caparazón mecánico para poder desarrollar una mayor actividad. Todos los de mi raza precisamos de este medio. Siempre fue así. Somos muy viejos, muy viejos.

—Degeneración.

—Yo diría evolución. Si vuestra raza no fuese destruida por nosotros llegaría el día en que también necesitaríais algo semejante.

—Aún componemos una raza joven... que no está dispuesta a dejarse matar por algo tan viejo como vosotros.

—Nuestro intercambio informativo está terminando. Cuando concluya la recopilación de datos os dejaré inmovilizados y vuestro fluido vital servirá para reactivar a más servidores.

—No conseguirás salirte con la tuya, repugnante máquina —dijo Culver.

—Aunque me habéis causado un gran daño al detener el proceso reactivador de mis servidores sólo habéis conseguido hacerme perder una miserable medida de tiempo. Aún dispongo de miles de servidores que reactivar, además de más de cuatro mil humanos que ahora están trayendo aquí lo que llamáis guardianes.

Leo sabía que aquella máquina-ser, aunque pensase de forma diametralmente opuesta a la suya, decía la verdad. Apenas tuvo tiempo de comenzar un grito de advertencia cuando vio que Mark terminaba de alzar su arma para disparar. Quiso decirle que no lo intentase... Pero fue inútil.

Vigilante adelantó uno de sus cilindros, salió de éste una luz verde que dio de lleno en el pecho de Mark, quien pareció saltar y luego caer convertido en una masa informe, carbonizada.

Leo tuvo que hacer un gran esfuerzo para no intentar destrozar la maquinaria gris que encerraba aquel ser repulsivo o romper en mil pedazos la cápsula transparente que lo protegía. Su dedo tembló sobre el disparador durante unos segundos.

Resopló y abatió la cabeza. Era inútil. Alzó la mirada. Los ojillos negros de Vigilante seguían danzando dentro de la gran cabeza amorba, como si estuviera riéndose de ellos.

Era un suicidio pretender sorprenderle. Vigilante siempre sabría un segundo antes cuál iba a ser su intención.

CAPÍTULO XI

Después que las armas cayeron al suelo tal como les ordenó Vigilante, éste dijo:

—Os reservaré para el último momento. Por ahora seguiréis suministrándome la información que necesite, algunos datos complementarios. Ahora tengo que reanudar la reactivación de mis servidores. Estoy recibiendo noticias que los hombres que impedían la entrada de mis robots han huido hace unos minutos. Por lo tanto, estamos recibiendo más remesas de humanos.

Leo se mordió los labios. Aquella terrorífica marcha de cuerpos adormecidos seguía su funcionamiento, desintegrándose para dar vida a los malditos robots, que a su vez comenzarían a trabajar para disponer el funcionamiento de las miles de naves que yacían esperando el momento de llevar la destrucción a los planetas humanos, cuyas coordenadas en la galaxia ya conocía Vigilante.

—Seguidme —dijo Vigilante, retrocediendo al fondo de la estancia, sin dejar de mirarles.

Pasaron los terrestres junto al cadáver irreconocible de Marck y Leo apretó contra él a Sharon, a la cual sintió estremecerse.

Detrás de Vigilante, los terrestres llegaron a la siguiente habitación,

que en seguida adivinaron como una especie de sala de control, desde la cual Vigilante podía dirigir todo aquel mundo subterráneo. Al fondo vieron una especie de alojamiento que tal vez hasta hacía unas semanas fue su lecho durante milenios.

—Tan pronto sea limpiada la cadena de los destrozos que produjisteis con mis servidores, se reanudará la reactivación de mis servidores. Calculo que antes de diez horas las primeras naves estarán orbitando este planeta.

Leo se adelantó unos pasos, preguntando con tal serenidad a Vigilante que sorprendió a sus compañeros:

— ¿Cuál será el primer planeta que destruirás, Vigilante?

También Vigilante se giró hacia él, evidenciando confusión en su voz telepática:

—Nuestras naves son superlumínicas. En unas decenas de vuestras horas estaremos en los mundos triples de Sandiofh.

— ¿Por qué Sandiofh? —interpeló irónico Leo—. Allí apenas viven unos millones de seres, mientras que en nuestro principal planeta, la Tierra, existen miles de millones. Es el centro neurálgico de nuestra civilización.

— ¡Leo! —gritó Sharon furiosa. Pero Spink la apartó para que no interrumpiera a su jefe.

—Es curiosa tu actitud, humano —dijo Vigilante—. Nunca os comprenderé. No tendré tiempo, porque dentro de poco no quedará ningún humano en la galaxia. Es cierto que he leído en vuestros pensamientos con insistencia el nombre de la Tierra, pero no pude averiguar que era el principal, la cuna de vuestra raza. Sí, será interesante destruirlo antes que ninguno. Esa acción desconcertaría a toda la restante comunidad. Un momento. Rememoraré su posición.

Vigilante empezó a danzar. Toda su máquina se movía, y también sus puntos negros, sus ojos, parecían flotar nerviosos en la cabeza.

— ¡Ahora! —gritó Leo, cogiendo a Sharon y arrojándose con ella al suelo.

Los demás le imitaron, al mismo tiempo que los hombres que habían quedado en la pasarela irrumpían en la estancia disparando con furia sus armas contra Vigilante.

La temperatura ascendió rápidamente en la sala. Leo empujó a la muchacha hacia un lado, mientras los hombres seguían disparando. Spink, Culver y los demás regresaron a la otra estancia a recuperar sus armas.

Vigilante parecía estar volviendo de su trance. Los daños que le habían causado los disparos casi habían puesto fuera de acción a los cilindros proyectores de calor, pero aún disponía de varios que hizo funcionar, aunque sin apuntar debidamente.

Leo miró en su entorno. Tal como había estado apreciando, las estructuras metálicas de las paredes ofrecían a cada momento un mayor índice de oxidación.

Vigilante seguía disparando, girando como una peonza y sus disparos tocaron a dos hombres, que cayeron convertidos en bolas achicharradas. Incluso la máquina que usaba Vigilante empezaba a mostrar indicios de deterioro, aunque la cúpula que encerraba su cuerpo se mantenía intacta.

Los terrestres, sin dejar de disparar, salieron de la sala, Leo, desde la puerta, se volvió y efectuó una amplia descarga contra el ser-máquina. El resto de los cilindros quedaron inutilizados y toda una sección de su sistema motriz.

Dentro de las mentes de los humanos, Vigilante tronó furioso:

—Os destruiré a todos. Activaré mis naves, aceleraré el trabajo de mis servidores para que...

La tonante voz cesó y Leo pensó que Vigilante debía haber echado un vistazo al lamentable aspecto que debían ofrecer sus miles de naves.

Uno de los hombres que habían irrumpido en la sala de control gritó a Leo:

—Tenemos que darnos prisa, señor. Los compañeros que quedaron defendiendo la plataforma están sosteniendo una dura batalla contra los guardianes que descienden del exterior.

Leo asintió y ayudó a Sharon a correr, pero la muchacha se deshizo de él y le sorprendió con su agilidad. Parecía flotar en el aire mientras corrían por el túnel. Cuando pasaron otra vez por los cuerpos humanos que yacían sobre las cintas detenidas, Spink tuvo que apremiar a Culver para que prosiguiera la marcha. Culver protestó:

—No podemos dejarlos aquí. Están aún vivos y podemos rescatarlos y hacerles que vuelvan .a ser como antes...

—Si no nos damos prisa no podremos salvar ni a los miles que aún están en la superficie. Ellos necesitan nuestra ayuda para volver a ser normales —dijo Spink.

Culver se dejó llevar a su pesar. Los montones de servidores destrozados que habían estado esperando ser reactivados con el fluido vital de los humanos también se estaban, descomponiendo.

Ascendieron al siguiente nivel, corrieron entre las naves que ya habían perdido su tono gris para ofrecer un deplorable aspecto de ruina.

Alcanzaron el tobogán que aún disponía de cierta resistencia y llegaron a la pasarela, que retumbó peligrosamente bajo sus pisadas cuando empezaron a correr hacia el anfiteatro.

Fueron unos minutos de tensión, temiendo a cada instante que el drenaje que sostenía la pasarela se viniera abajo. Al fondo, los hombres que defendían el anfiteatro disparaban sin cesar contra los guardianes que iban surgiendo sobre la plataforma.

Cuando alcanzaron el anfiteatro la pasarela comenzó a derrumbarse con estrépito sobre las naves alineadas. Leo exhaló un suspiro de alivio. Unos minutos más de retraso y todo aquel tinglado hubiera caído sobre ellos, encerrándoles en la sala de control.

Prestó atención y no percibió ningún indicio de que Vigilante estuviera emitiendo sus constantes amenazas.

Apenas se acercaron a la plataforma pusieron rodilla en tierra y ayudaron a los hombres que la defendían. La ayuda proporcionada por ellos fue decisiva. Apenas surgía un vigilante cuando era destrozado con unos certeros disparos de láser.

—No podemos quedarnos mucho tiempo aquí. En cualquier momento esto también se vendrá abajo o la plataforma dejará de funcionar cuando la corrosión llegue a sus partes vitales —dijo Leo.

Sorprendiendo a todos saltó sobre la plataforma en el justo instante en que el último guardián era convertido en pedazos.

Leo sufrió un segundo de desconcierto y en seguida se encontró sobre la plataforma situada en el interior de la .esfera roja en los valles gemelos.

Tal como había pensado el proceso de la plataforma sólo podía actuar en un sentido a la vez. Cuando él la tocó funcionó proyectándole a la superficie e impidiendo que el guardián que la había tocado un segundo después que él no fuese proyectado al subterráneo.

Leo lo destruyó y luego disparó en abanico contra la multitud de medias esferas rojas que seguían entrando por la abertura que ellos practicaron e incluso atravesando las paredes metálicas usando aquel medio fabuloso que poseían.

La siguiente aparición de sus compañeros le ayudaron a expulsar de interior de la esfera las hordas de guardianes, empujándolas hasta el terreno que rodeaba la esfera.

Se alegró que sus compañeros le hubieran comprendido y no dudaran en seguirle ni un segundo.

Corrió hacia la puerta seguido de Spink, Culver y varios hombres y terminaron por rechazar la aproximación de los guardianes que, procedentes del este, de las estaciones transportadoras intermedias, estaban acudiendo desde las ciudades del triángulo.

Sólo entonces pensó que también estaba terminando de destruir el fluido vital que los animaba, proporcionado por los desgraciados que fueron cayendo en poder de Vigilante.

En aquel momento se proyectó una amplia sombra sobre ellos.

Era el Alcón Tres. Delmonte acudía en su ayuda, disparando las armas de la nave contra los restos de guardianes. También desde el fondo del valle acudieron los supervivientes del grupo que habían estado defendiendo la entrada de la esfera y que, sin duda tuvieron que retirarse cuando los guardianes empezaron a entrar en la construcción traspasando las paredes metálicas.

Pero la acción destructiva del Alcón Tres se vio interrumpida cuando las lejanas medias esferas se detuvieron y fueron cayendo sobre los arbustos convirtiéndose en polvo menudo y anaranjado.

—Creo que es el fin, amigos —dijo Leo dejando caer el cañón de su perforador láser al suelo—. Lo que había debajo de nosotros no es ahora sino un enorme montón de herrumbre.

El Alcón Tres se posó a unos cincuenta metros de ellos y cuando la compuerta se abrió salió Delmonte, agitándole la mano.

CAPÍTULO XII

El rostro de Spink dijo desde la pantalla:

—Todo está en orden, Leo. El *Orión* se encuentra en disposición de regresar al hogar.

—Magnífico —replicó Leo—. Regresaré con el Alcón Tres en una hora aproximadamente. Estoy terminando de dar datos a Culver para que redacte su informe a la Compañía NCG.

—También yo estoy deseando conocer los detalles, Leo. Te aguardo con impaciencia —sonrió Spink.

La pantalla se apagó y Leo se volvió hacia Culver y los demás miembros que habían resultado supervivientes de los centros coordinadores de las ciudades de Korel. Todos ellos casi ya se encontraban totalmente repuestos, recuperadas sus facultades mentales, aunque todavía mostraban signos de desnutrición a consecuencia de las semanas que padecieron bajo el influjo de los guardianes, tiempo en los que apenas se alimentaron lo suficiente.

La recuperación de más de cuatro mil seres en Korel, desperdigados en una amplia extensión había supuesto un tremendo esfuerzo para todos los tripulantes del *Orión*. Cuando consiguieron los primeros recuperados empezaron a disponer de más manos para aumentar el ritmo de trabajo.

A partir de entonces todo fue más rápido.

Las ciudades fueron recobrando su normalidad, aunque lentamente. Culver aseguró que antes de un mes todo volvería a estar como antes, aunque, añadió amargamente, la ausencia de casi los ochocientos seres que habían sido usados por Vigilante para reactivar a sus servidores, serían difíciles de olvidar. Aquellas desapariciones pesarían durante mucho tiempo en la colonia.

Pero el capitán Leo Schulten tenía prisa por partir. Ya se había comunicado a la Tierra un informe preliminar y solicitado amplia ayuda a la NCG. Diez días después que ellos partieran empezarían a llegar los cargueros con los sustitutos de los desaparecidos y pertrechos.

Leo sintió el tibio contacto de la mano de Sharon. Entendió su silencioso gesto de acelerar aquella última entrevista. Empezó diciendo:

—Realmente todavía no podemos estar seguros, pero creo que estamos muy cerca de conocer la verdad de todos los acontecimientos ocurridos en Korel.

«Cuando lleguen más equipos mejor dotados y puedan ser examinados los restos del pequeño mundo subterráneo se concretarán muchas lagunas actuales.

»De todas formas puedo anticiparles que durante milenios, incluso me atrevería a decir que millones de años, una extraña raza, cuyo único representante que vimos fue el titulado Vigilante, llegó a este planeta cuando aún no estaba terminado de formar geológicamente. Construyeron unas enormes bases subterráneas con el fin de usarlas algún día para destruir un hipotético peligro que se cerniera sobre su civilización.

«Cuando ocurrieron las explosiones nucleares para preparar la explotación de los yacimientos de uranio en los valles gemelos, Vigilante despertó. Era la señal de alarma convenida para que él procediera a despertar a sus compañeros dormidos en las mismas naves que deberían tripular camino a la destrucción de sus seculares enemigos. ¿Que quiénes eran estos enemigos? Me temo que minea llegaremos a saberlo. Hace milenios los seres a que pertenecía Vigilante debieron derrotar a otra raza, pero aniquilada totalmente. Siempre temieron su regreso. Se designaron a millones de esos seres para que formaran una durmiente guardia que los preservara del regreso del peligro.

«Pero había pasado demasiado tiempo. Incluso una mente tan avanzada como la de Vigilante había sufrido daños. Se encontró con que

no podía disponer de todos los medios previstos porque muchos habían dejado de funcionar a pesar de las previsiones. Por ejemplo, los robots estaban carentes de fluido, que luego averiguó que podía obtener de los seres que habían interrumpido su sueño y que posteriormente debía destruir.

«Vigilante titubeó demasiado y cometió innumerables errores. Perdió mucho tiempo, dándonos ocasión para llegar nosotros y actuar. Pero el mayor de todos los errores de Vigilante fue no averiguar el tiempo exacto transcurrido desde que él y su ejército fue dormido. Había sido mucho más de lo calculado por los constructores de la base subterránea. Para que todo durase milenios se construyó una atmósfera totalmente pura, que no produjese alteraciones en los sensibles mecanismos ni afectase los metales.

»E1 tiempo de seguridad de inalterabilidad *fue ampliamente superado. Nuestra presencia en el subterráneo, nuestra transpiración y humedad corporal fue más que suficiente para alterar el estricto equilibrio reinante. En pocos minutos producimos un cambio climatológico. El metal comenzó a oxidarse y el plástico a descomponerse. Los computadores dejaron de razonar, y Vigilante a padecer malestar mental.

«Nuestra presencia física, en definitiva, fue suficiente para destruir el colosal trabajo hecho hacía milenios, que el tiempo no perdonó, haciéndolo todo supersensible al mínimo cambio introducido con nuestra presencia.

Leo aspiró profundamente, se levantó y tomó a Sharon de la mano. Sonrió:

—Nos espera el Alcón que deberá llevarnos al *Orión.* Aunque estoy deseando regresar a la Tierra y tomarme las vacaciones que mi compañía me debe, les aseguro que estoy deseando volver a Korel algún día.

—Lo haremos los dos —añadió Sharon.

Estrecharon las manos a Curver, a todos los demás integrantes de los centros coordinadores.

Culver les acompañó hasta el exterior. En la plaza cercana a donde hacía unos días antes estuvo levantada la edificación roja, estaba el Alcón Tres. Delmonte estaba junto a la entrada.

— ¿Por qué Vigilante se alteró tanto cuanto tú le preguntaste cuál era el planeta humano que él pensaba atacar primero? Por un momento

me irritó que le dijeses que fuese la Tierra…

—Por un momento pensé que el planeta originario de esa raza estuvo una vez situado en nuestro sistema solar. Ta vez el Cinturón de Asteroides formó un día su planeta. Entonces la Tierra alojó hace muchos miles de años una raza antecesora a la nuestra que combatió a los ancestros de Vigilante —sonrió—. Pero es sólo una teoría. No estoy seguro de ello y te aconsejo que no lo reflejemos en nuestros respectivos informes.

—No sé. Es posible que cuando investiguemos en los subterráneos averigüemos más cosas.

—Puede ser. Confío que cuando Sharon y yo volvamos aquí algún día nos tengáis una respuesta preparada. Quedan muchas incógnitas por aclarar, ¿no te parece?

Se volvieron a despedir y la pareja caminó hacia el Alcón. Algunas docenas de personas salieron de los edificios cercanos, agitando sus manos en afectuoso ademán de despedida.

Instantes después la navecilla se elevó en busca de la órbita del *Orión.*

Culver regresó al edificio coordinador lentamente, pensando que Korel podía algún día revelarles el misterio de aquella raza que dormitó por milenios, mientras el planeta evolucionaba hasta convertirse en un nuevo hogar para la raza humana.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Precio en España: 25 ptas.

Impreso en España